

La proliferación de remedios a los males sociales que nos abruma corre pareja a la pobreza de análisis sobre sus causas. De aquí la abundancia de promesas para acabar con la corrupción, con la especulación o con el paro.

Para los analistas y críticos clásicos del modo de producción capitalista se trataba de un defecto de estructura: la forma de acumulación de capital a través de la plusvalía no era un robo sino la forma de trasvase de trabajo en capital. No se trataba pues de una cuestión moral sino estructural, y a este nivel se situaba el remedio posible: una revolución social.

La izquierda hoy ha moralizado aquel discurso. Los males sociales no se asocian ya a una estructura sino a un defecto de forma: un capital excesivamente especulativo, su forma neoliberal... serían las causas contra las que se atropellan tantos remedios contra el paro, contra la precarización del trabajo y de la vida. Con esto se imposibilita una visión crítica de los mecanismos sociales de reproducción de nuestra sociedad.

Retomar aquel análisis, más allá de su moralización, para entender en su estructura el modo de civilización actual, sin quedar atrapados por viejos esquemas obsoletos que nos impiden tal conocimiento, y plantear de nuevo su superación posible, son cuestiones que corren a lo largo de este número en el que abordamos una discusión sobre el papel de la crítica y su articulación práctica. Discusión a la que os invitamos.

Etcétera, Barcelona, mayo 1997

Crítica de la política, incitación a un debate

El mundo que habitamos, producto del artificio humano, se nos impone cada vez más como natural y necesario, como único posible, al menos por lo que respecta a sus caracteres fundamentales: mercado, trabajo, dinero, Estado... y sólo se concibe como modificable en aspectos secundarios y marginales a nuestro vivir cotidiano individual y colectivo. Y la modificación que se aventura como posible, mismo previsible, es percibida como un mayor endurecimiento de los aspectos más reaccionarios del transcurrir del sistema capitalista, en las instancias sociales, laborales, legislativas, culturales, económicas, etc.

De esta manera, si el mundo que habitamos se nos impone en lo esencial como inevitable o necesario, no habría lugar para una actividad que pretenda la modificación substancial de la actual sociedad, su posible superación histórica; una actividad dirigida no al encuentro de paraísos (siempre perdidos) y utopías fuera de lugar y de tiempo, sino a la búsqueda de mecanismos y de instituciones capaces de abrirse paso contra las actuales formas históricas de la alienación capitalista (el fetichismo de la mercancía). No habría lugar para plantear abiertamente la cuestión del más allá del capitalismo.

El mundo que habitamos es un mundo histórico, no mítico. Postularlo natural y mítico ha sido siempre la tarea incansable de los grupos o clases opuestas al cambio de unas condiciones sociales que les favorecen: entender como condición humana lo que es dominación y explotación histórica, convertir lo contingente en eterno, convertir la historia en naturaleza. Esta es su tarea de siempre y que hoy la derecha más beligerante desarrolla, llegando a inscribir el mercado en la misma naturaleza humana, al considerarlo como única forma posible de intercambio. También desde la izquierda un discurso utopista ha alimentado esta concepción mítica, esta confusión de lo natural y de lo histórico, al buscar una resolución final a la conflictividad humana más allá de la historia, en otra naturaleza humana, entendiendo la revolución más como redención mesiánica que como transformación de lo posible. Tarea de la crítica será pues insistir en el carácter histórico, artificial, contingente de nuestra sociedad, no confundir el orden político con el orden natural, desbaratar la politización del uso del concepto de naturaleza.

La política recubre hoy este espacio de acción histórica en el que es posible modificar, en lo esencial, la sociedad y lo conforma como un espacio separado de la actividad de los hombres (como la cosa de los políticos) y como un espacio de representación (elecciones, partidos,) asegurando así la continuidad de

esta sociedad y dejando fuera de lugar una actividad cotidiana, más próxima, la gestión autónoma de los asuntos propios que nos afectan en relación con los otros. Hoy la separación entre la política y la actividad real, la vida cotidiana, la sociabilidad espontánea –la separación entre la política y lo político– es casi total. El orden de lo político es el de lo histórico-social, el de la institucionalización de lo social en la historia, el espacio donde se juegan las relaciones de fuerza que instituyen la sociedad. Hoy la política viene a encubrir estas relaciones de fuerza, conformando aquel espacio separado, de representación, reduciendo a los ciudadanos, a los habitantes de la polis, a espectadores de un juego de partidos al servicio de instancias más decisivas, hoy la economía. Así el espacio público queda todo él ocupado por la representación, vaciado de la vida real, y el espacio privado queda igualmente privado de vida, de la vida en común, de la vida con los demás.

Una reflexión sobre la política y sobre lo político no puede dejar de plantearse la cuestión de la sociedad global, del espacio macrosocial; quizás no pueda renunciar, por tanto, al concepto de totalidad por más que sepamos hoy las funestas consecuencias de un determinado uso de él, tanto al nivel del discurso –totalitario y dogmático– como al nivel de su institucionalización social. La cuestión política incluye la cuestión de la dimensión global. La crítica de la política, una actividad que vaya más allá de la política, alternativa a la política, no podrá tampoco ahorrarse la cuestión de la globalidad.

Hace años, desde estas páginas, nos preguntábamos por este espacio de lo político, por la posibilidad y por la pertinencia de una crítica radical a la política que fuera en la práctica un movimiento social alternativo a la política en el mismo nivel de lo macrosocial. Una respuesta no política a la política, una respuesta no política a los problemas que la política resuelve políticamente. Y nos quedaba el interrogante de esta posibilidad, de si esta alternativa sólo era posible a nivel microsociales, en los espacios segmentados de los grupos y de las formaciones sociales de base.

Hoy querríamos retomar aquella discusión, no en sus mismos términos, sino a partir de lo que hemos acumulado durante estos años, tanto a lo que se refiere a nuestras expectativas, a nuestra mirada, a nuestras herramientas conceptuales para la comprensión de nuestro mundo, como a los cambios en él habidos, especialmente en los niveles técnico, económico y mediático. Quizás llegemos así, más que a replantear aquella cuestión, a plantear otra cuestión hoy más pertinente respecto a una actividad posible de cambio social, de cambio de la sociedad actual.

Veamos pues, aunque sólo sean apuntados, estos cambios, para señalar luego algunas características de este espacio político que nos sirvan para avanzar en nuestra discusión.

Algunos cambios

1. El papel de la crítica

Quizá la cuestión misma de la crítica sea hoy prioritaria: si la teoría crítica, si la crítica, es pertinente, si entiende lo que quiere criticar. Quizás demasiadas veces la hemos mezclado con creencias, utopías, ideologías que la han conducido más hacia el establecimiento de verdades definitivas, que a una reflexión sobre la significación de los hechos observados; más hacia la afirmación de un saber general que sabe ya donde irán las cosas antes de suceder, que al esfuerzo de un conocer incierto que hurga entre las distintas lógicas explicativas de lo social; más hacia un saber total, nodal, absoluto –como absoluto es el poder que de él puede derivarse–, que a un conocer fragmentario que se organiza en torno a un punto de mira descreído y crítico.

Tarea de la crítica sería vaciar estas verdades absolutas, definitivas, convertidas en credo y en creencias, mismo en voces, soporte paranoico de prácticas mesiánicas y redentoras. Todo ello no es tarea fácil si quiere evitar por un lado el cuestionamiento radical nietzschiano sobre la incapacidad del pensar para conocer y corregir el mundo (¿cómo no caer en la pasividad si la historia es inevitable?), y por otro lado evitar ser simplemente la descripción de nuestro actual modo de vida, en lugar de su crítica y de su rechazo; si no quiere ceder a este pensamiento postmoderno (cultura de la imagen o del simulacro) que ha rechazado las nociones de historicidad, de totalidad y de profundidad (Jameson).

Quizá la dificultad aumente en el estadio actual de la tendencial dominación total del capital, cuando todo el espacio está colonizado por él: la crítica implica un punto de mira, una distancia que quizá hoy no tenemos y sí la había en los estadios anteriores de la dominación capitalista. Aunque, por otra parte, quizá

sea precisamente en este estadio actual donde es posible la crítica, pues el mismo capital la ha consumado, la ha verificado.

Otro problema es el de la crítica como sustentadora de un obrar, de una acción. Sabemos del papel de las ilusiones y de las creencias en los movimientos de masas (la masa no conoce la duda ni la incertidumbre ni la noción de imposible). ¿Puede precisamente la duda, la distancia irónica respecto de la realidad, servir de contenido a una actividad de crítica radical de la política, o para obrar es preciso hallarse envuelto por el velo de la ilusión? ¿Cómo agruparse para una acción sin participar de un mensaje, de un ideal, de una concepción del mundo? ¿Cómo anclar una acción no en la creencia sino en la duda?

Quizá vaciar aquellas verdades, reconocer que la verdad es más modesta, que es sólo paradigmática (verdadero y falso tienen sentido sólo dentro de un mismo paradigma), no invalide el sostenimiento de una actividad, sino al contrario. El rechazo de las formas más ignominiosas de lo social vigente no es menos firme si su lenguaje se sitúa en el ser sólo paradigmático de la verdad, es más, quizá le dé una base más sólida, no ilusoria. Precisamente es cuando la verdad se absolutiza, postergando la duda, creando ilusiones, que se da un aumento de la pasividad y de la resignación al resistirse la realidad al cambio, al caer la ilusión. ¿Cómo articular esta caída de las ilusiones como práctica política?

2. Formas y contenidos

Quizá en nuestras actuales expectativas influye también la constatación de la persistencia de aquello criticado, del retorno sintomático de los aspectos más reaccionarios o retrógrados de las instancias criticadas: escuela, cárcel, mass-media... del retorno de los valores más caducos, de las ideologías más reaccionarias: la del trabajo, la de la aceptación acrítica de lo que hay entendido como algo natural e insuperable, la de comprender la lógica del capital como una cuestión técnica (y no como relación de fuerzas, como lucha de clases); del retorno de los nacionalismos, de las patrias...

Quizá todo esto sea debido a la constatación de una mayor resistencia de las formas, de lo que nosotros habíamos previsto, al haber concedido un excesivo privilegio a los contenidos, al haber privilegiado la historia sobre la estructura. Ahora constatamos esta resistencia de las formas, constatamos la primacía de las formas sobre los contenidos, de los significantes sobre los significados, constatamos que las formas mandan sobre los contenidos. Un tipo de crítica se fijó más en éstos: cambiar los contenidos, dar un contenido revolucionario a la TV., a la escuela... dejando sin tocar las formas que, en definitiva, mandan: la forma jerárquica, por ejemplo, ya estructure un grupo que se llame revolucionario o reaccionario, (Marx lo entendió: cifró el capitalismo en dos formas: la forma-mercancía y la forma-Estado). Constatamos pues la prevalencia de las formas e igualmente la de los lugares: cuestión de topología. El lugar marca el contenido: todo depende del lugar que ocupas, desde dónde dices... menos importa lo dicho, o más exactamente esto dicho viene de aquel lugar, está marcado por él. La ideología sucede a la topología (también Marx: no es la conciencia lo que determina el ser social sino el ser social el que determina la conciencia).

3. La sociedad actual

Quizá estamos entrando en una etapa, en un mundo, que desconocemos, cuyos rasgos mayores se nos escapan y carecemos aún de herramientas conceptuales pertinentes para su comprensión. Desconocemos quizá el mismo sujeto que emerge.

Aunque sabemos que es todavía la continuación del mundo que hemos entendido y criticado, la profundización de sus rasgos principales. Anotamos pues estos rasgos del cambio producido en el desarrollo del sistema capitalista, en su etapa actual de dominación total, acuñada con distintos nombres: sociedad post-industrial, capitalismo tardío, postmodernismo...

–La Economía se ha erigido como dominante absoluta, como razón universal: la razón útil. Manda sobre todas las instancias y lo hace a un nivel mundial (mundialización del valor de cambio). ¿Qué queda de la autonomía de las demás instancias? ¿De la autonomía de la política?

–La Técnica, que en su forma actual de las nuevas tecnologías modifica realmente nuestro mundo y nuestra cotidianidad. ¿El Estado técnico representa la reducción de lo político a lo técnico? ¿Dónde queda entonces la actividad política?

-La Imagen soberana, convertida en la forma final de la reificación de la mercancía: sociedad del espectáculo, cultura de la imagen o del simulacro. Se trata de una sociedad basada cada vez más en la producción de signos, de imágenes. La imagen marca el mundo de la inmediatez, de la sincronía, de la superficialidad, de la espacialidad, anulando el recuerdo, la historicidad. Todo se desarrolla en la superficie, el pasado (y su significación) se diluye y se borra.

¿Cómo situar de nuevo a partir de estos cambios el espacio político y su autonomía? ¿Cómo introducir de nuevo el concepto de totalidad y de historia necesarios para poner la cuestión política y la dimensión de globalidad?

Algunas características del espacio político

La crítica de la política si ha de ser operativa tendrá que tener en cuenta el modo de ser, las características de este espacio político en el cual inscribir una actividad que no sea política, es decir, que no vaya a encubrir las relaciones de fuerza que se dan en lo social para mantener, con una política u otra, la forma capitalista actual de institución de la sociedad. Quizá pensar algunas de estas características nos ayude a plantear de una forma más pertinente la cuestión de la articulación práctica de la crítica. Veamos algunas:

1. Espacio dividido

El espacio político es un espacio dividido, segmentado, limitado por la fuerza que lo constituye. La violencia está en su origen. Es un espacio atravesado por la lucha de intereses, de deseos contrapuestos, atravesado por la relación de fuerzas, por la lucha de clases. Es un espacio recorrido por la dialéctica amo-esclavo, amigo-enemigo, por la dialéctica inclusión-exclusión. Es aquel espacio donde se plantea el problema de la alteridad, el de la relación con el otro. La cuestión política bascula en la posible resolución de esta alteridad. ¿Esta dialéctica amigo-enemigo, el problema de la alteridad, es resoluble? ¿Esta división del campo político tiene una resolución histórica? ¿Hay un final de la política? Repasar distintas respuestas pueda quizás ayudarnos.

a) El utopismo, una sociología política en la tradición marxista, así lo ha entendido: habría una violencia última que erradicaría la división del campo social, una sutura radical que marcaría un antes y un después (el reino de la necesidad y el reino de la libertad), un fin de la historia que abriría el paso a una sociedad ya no alienada. Esta manera teleológica de entender el proceso histórico que incluye el fin de lo político conlleva evidentemente una concepción del hombre: postula una ruptura en la evolución humana que pondrá fin de una vez por todas a la exclusión y a la violencia y rechaza, en el plano de la historia, la noción de imposible. (Weyembergh).

b) Marx constata la división del campo social y crítica, por tanto, la ilusión de una comunidad política justificada desde la naturaleza, desde el orden natural. En sus escritos, una sola vez habla del fin de la prehistoria (Prefacio a la *Contribución de la crítica de la economía política*, 1859), entendiendo la historia como prehistoria social del hombre. El fin de la prehistoria no sería el fin de la historia sino que consistiría en el comienzo de la historia. Este nuevo estadio no es la conquista del paraíso sino el terreno geo-histórico que ofrece las condiciones de una comunidad humana donde el reino de la libertad se armonizaría con el reino de la necesidad. El reino de la libertad, no más allá sino fundado sobre el reino de la necesidad. La libertad se desarrollaría a partir de la necesidad, siempre cambiante, como punto de fuga. Pero, mientras el reino de la necesidad esté sometido a la ley del valor, el reino de la libertad sería irrealizable.

c) Para Freud, el campo social está atravesado por la dialéctica amigo-enemigo, y ésta es interna a uno mismo. El otro es a la vez amigo y adversario. En su obra sociológica se plantea también el problema de la alteridad y su posible resolución. En *El malestar en la cultura* (1929), se pregunta por la infelicidad de los hombres en la sociedad: el principio de placer que guía a los hombres hacia la felicidad, aunque sea mediante el rodeo por el principio de realidad, es cortocircuitado por el principio de muerte (constatación de la agresividad humana). Eros impulsa la civilización pero esta queda atravesada por Thanatos, echando así por tierra cualquier armonía del hombre consigo mismo y con los demás. El lazo social es insoluble, trágico.

d) Este espacio dividido está atravesado por el poder. ¿Este poder es siempre coercitivo? ¿No podría

fundamentarse en Eros?: un poder compartido por la adhesión a unos fines propuestos, como hemos visto aparecer en algunos momentos. Así lo piensa Hannah Arendt (*La condición humana*, 1958), para quien el poder es lo que mantiene la existencia de la esfera pública, el potencial espacio de aparición donde los hombres actúan y hablan. “El poder sólo es realidad donde palabra y acto no se han separado, donde las palabras no están vacías y los hechos no son brutales, donde las palabras no se emplean para velar intenciones sino para descubrir realidades, y los actos no se usan para violar y destruir sino para establecer relaciones y crear nuevas realidades”. El poder, al revés de la fuerza que es la cualidad natural del individuo considerado aislado, surge entre los hombres cuando actúan juntos y desaparece cuando se dispersan. La tiranía –sustitución del poder por la violencia– impide el desarrollo del poder, los súbditos pierden su capacidad humana de actuar y de hablar juntos. El poder del pueblo es la sustitución de la violencia por el poder.

Según como pensemos pues este espacio dividido la cuestión de la crítica de la política se planteará de manera distinta. Si el origen del espacio político es una violencia no erradicable, si la cuestión de la alteridad se resiste a una resolución definitiva, si la exclusión es necesaria para homogeneizar el grupo social (homogeneización que pasa por la aceptación de unas mismas creencias), sería ilusorio un poder fundado en Eros (Enriquez), y persistiría la dimensión trágica: la constatación de una escisión radical aprehendida a la vez como intolerable y como irrebasable.

Una actividad crítica tendría que denunciar la ilusión de una armonía total entre los hombres –reintroduciendo el concepto de imposible (no todo es posible)– y denunciar las políticas que esta ilusión articula. La cuestión sería cómo articular políticamente una actividad dirigida no tanto a la supresión del poder para más tarde rehabilitarlo, sino dirigida a mantenerlo siempre en duda, desfalleciente, para avanzar hacia la armonía posible.

2. *Espacio tópico y crónico*

El espacio político es un espacio que ocupa un lugar y un tiempo, no es por tanto ni utópico ni ucrónico. Ocupa un espacio en la temporalidad histórica, se desarrolla en el posible histórico, no más allá donde caben las promesas de resolución final. Esto no quiere decir que este espacio sea dado de una vez por todas, que no sea modificable: es la acción de los hombres la que modifica este posible. (Quizás Marx acuñó con precisión este posible: los hombres hacen la historia... que pueden hacer). En este sentido la crítica del utopismo, en cuanto que éste hace hincapié en una resolución final donde la violencia estaría definitivamente excluida, sería una tarea imprescindible de la crítica de lo político: desarrollar la crítica de la utopía como ahistórica y como adialéctica.

Este lugar, este espacio de lo político, es ocupado por las instituciones. Las relaciones entre los hombres no son inmediatas y transparentes sino que están mediatizadas; de aquí la necesaria mediación social, institucional. No son transparentes pero tampoco se dejan recubrir totalmente por lo institucional. La institucionalización de lo político (Castoriadis) no agota, pues, lo social; siempre hay una distancia entre lo instituido y lo que se puede instituir, es decir, emerge siempre un posible más allá de lo que hay. Esta distancia es el espacio en el que se inscribe el deseo (a la vez causa y efecto de esta distancia), motor también de la historia. Este posible se abre cuando se puede dudar de esta institucionalización, y cuando se puede pensar otra distinta.

Es un lugar en el tiempo, no está fuera del tiempo, al fin de la historia. La resolución posible de la cuestión política se da en la historia, dentro del espacio dividido, con el sentido y la significación que esta misma división aporta, sin esperar un sentido y una razón que el final de la historia aportaría.

Tarea de la crítica de la política sería proseguir en la duda respecto a la institucionalización de una política; pensar otra en la que la autonomía fuera el norte a perseguir. El objetivo de una alternativa a la política no podría ser otro que la autonomía, que el proceso hacia nuestra autonomía, justo al revés de lo que pretende la política: mantener a los hombres en su heteronomía. A ello contribuye el lenguaje visto como despliegue de un campo de poder (Kaufmann): la ilusión política estriba en este hablar en nombre de todos, propio de la política.

El lenguaje es un instrumento del poder; este es el objetivo de la Neolengua de *1.984*, (Orwell): reducir el área del pensamiento, hacer impensable cualquier pensamiento divergente, hacer desaparecer la

Viejalengua y romper así cualquier lazo con el pasado; todo ello a través de los tres vocabularios: A, el de las palabras de uso cotidiano (restringirlas en número y en significado); B, palabras construidas con propósitos políticos para imponer una actitud mental en las personas que las utilizan (palabras cortas y de significado inequívoco que despierten el mínimo de sugerencias en la mente del hablante); y C, complementario de los otros dos y que contiene nociones científicas y técnicas.

La crítica de la política tendría que insistir también en la temporalidad y en la historicidad, en un momento de total superficialidad y de espacialidad –todo presente sin actos ni después– donde se borra la memoria, donde lo anterior desaparece sin dejar huella. Tendría que reintroducir no la ilusión sino el deseo dentro del campo social.

3. *Espacio macrosocial*

El espacio de lo político es un espacio macrosocial distinto del espacio microsociedad donde se dan las relaciones espontáneas de base. Lo macrosocial no es homogéneo con lo microsociedad sino que son dos realidades heterogéneas. No podemos trasladar a un campo los juicios, las resistencias, o lo posible del otro. Una actividad crítica de la política tendría que plantearse el problema de la globalidad, de la sociabilidad posible en el espacio macrosocial, sin poder abandonar, por tanto, el concepto de totalidad, ¿El discurso sobre el cambio social incluye necesariamente dictar la ley al otro? ¿Es siempre totalizante? (De nuevo el viejo problema robespiérisco de la imposición de la virtud).

¿Qué hacer? Si no podemos participar en el juego de la política, ni podemos alimentar ilusiones finalistas u organizativas, ni podemos recuperar un tipo de crítica sin riesgo de falsear el movimiento presente, ¿qué espacio de intervención nos queda? Sabemos que no se trata de hacer descubrimientos, sabemos que nuestro quehacer será junto a la actividad que se da, en los lugares que se da. Pero es a partir de esto que nos interrogamos.

Cómo avanzar más allá de las formas de resistencia a nivel individual o grupal, es decir, sin ahorrarnos plantear el problema de lo organizacional –el problema del poder y por ende el problema de la violencia–; sin ahorrarnos el análisis más cotidiano de nuestro quehacer diario crítico al mismo tiempo que participativo en todas las instancias reproductoras de la actual sociedad; sin dejar de plantearnos el por qué de nuestras divisiones, de nuestras repetidas posiciones en el papel del amo; sin dejar de pensar el por qué de tantas revueltas espontáneas que después de ir muy lejos parece que vuelven al mismo sitio.

Incitación a un debate, este era nuestro intento al empezar a redactar estas notas. Adentrarse por algunos de los análisis esbozados, con el susurro de fondo de la interrogación aquí vertida, sería buen camino para llegar, a través del debate, a formular alguna pregunta pertinente respecto a la cuestión política, respecto a la articulación práctica de la crítica, cuya respuesta condujera al despliegue de un campo de acción.

Etcétera, abril 1997

Castoriadis: *La institución imaginaria de la sociedad*. (Tusquets)

Ñequés: *De la horde a l'État*, (Gallimard)

Jameson: *Teoría de la postmodernidad*. (Trotta).

Kaufmann: *Lo inconsciente de lo político*. (F.C.E.)

Weyembergh, *Entre polilique et thecniqque*. (Vrin).

Aportación al debate (1)

El texto *Crítica de la política...* contiene una mina de reflexiones estimulantes. Por mi parte, la dificultad

de una tentativa de respuesta a las muchas cuestiones que el texto levanta es casi total; cada una de ellas exigiría una secuencia de reflexiones prolongadas...

En él hay muchas pistas en sí mismo esclarecedoras, en particular en lo que se refiere a la imperiosa necesidad de una nueva percepción en cuanto al análisis. El modo en que se relacionan la cuestión de la verdad con un discurso voluntarista, lleva, a mi entender, a un núcleo esencial: el de la articulación de las propuestas políticas derivadas de un análisis cuyos elementos constituyen necesariamente una condena de las instituciones vigentes, con su socialización posible, con su plausibilidad efectiva en el terreno de la efectividad. Estoy muy de acuerdo con la importancia de la necesidad de vaciar las verdades absolutas y definitivas de la ideología revolucionaria.

Sin duda, la transformación en pura creencia paranoica de la perspectiva crítica cuyo objetivo era una liberación mental, contribuyó en gran manera al descrédito y la importancia de las posibilidades de transformación de las condiciones sociales. En esta medida, la evolución, en aquel sentido, de las ideas revolucionarias, fue una presión indirecta de la acción deletérea ejercida por la ideología dominante en el proceso de su afirmación en el contexto de una descomposición de los valores, conducente a la imposibilidad oficial de una expresión de la verdad. Al acentuarse, sus manifestaciones terroristas o autoritarias, como una mera creencia, las ideas revolucionarias fueron simultáneamente perdiendo su carácter de plausibilidad y de legitimidad social y fueron adquiriendo las formas del fanatismo. La revolución social fue apareciendo así, cada vez más, no solamente como una imposibilidad de hecho, sino también como expresión lingüística de sectas, equiparables a las sectas religiosas, dejando de ser una componente de la evolución política. Todo se complicó sin duda, en el plano de las posibilidades de aprehensión mental, a partir del momento en que la tangibilidad de una revolución desaparece del imaginario social, de las sociedades urbanas, industriales, modeladas por una tecnología que se afirma como un semidios.

Cuando os interrogáis acerca de las deficiencias de la teoría crítica, sugiriendo que tal vez, expresa más “la afirmación de un saber general que ya sabe adonde irán las cosas antes de que ellas sucedan”, creo que abordáis un punto neurálgico; pero tal vez conviene distinguir entre, por un lado, la ideología revolucionaria corriente (es decir, la demagogia organizada como tal) y los esfuerzos que van surgiendo en varios sitios en el sentido, justamente, de ultrapasar aquel discurso axiomático, heredero directo del marxismo vulgar o de un anarquismo moralizador; esfuerzos estos que ya están apuntados en la perspectiva del mismo texto cuando se subraya: “pensar otra política en la que la autonomía fuera el norte a perseguir”. En estos esfuerzos de libertad crítica, vuestro colectivo Etcétera ha tomado parte: o sea que no se trata tanto de una tabla rasa absoluta sino más exactamente de una evolución, de un ir afinando cada vez más nuestras ideas.

Una cuestión que me parece importante pero que soy incapaz de analizar, es la de todo este barullo que desde los años 80 empezó a producirse en torno a la idea de que todo se vuelve excesivamente complejo para legítimamente poder emitir una opinión radical, es decir, que condene los fundamentos del capitalismo. Esta “idea” se fue solidificando en base a las innovaciones tecnológicas, lo que pasó a designarse con un nombre que más parece una entidad mitológica: “las nuevas tecnologías”.

Un aspecto a retener es que esta nebulosa conceptual designa de hecho un conjunto de respuestas que el sistema económico puede dar a las contradicciones sociales. Toda esta modernización tecnológica puede ser vista como una auténtica máquina de guerra cuyos efectos son también de máxima importancia en el plano ideológico, haciendo demostración de las aparentes capacidades creativas del capitalismo, tanto más demostrativas cuando esto ocurría al mismo tiempo que el “sistema comunista”, en cuanto tal, se deshacía, y la importancia ideológica de este derrumbamiento es también enorme, subrayando el contraste de la dinámica afirmativa del discurso capitalista y la caída de los ideales revolucionarios en todas partes.

De igual modo, cuando abordáis con gran pertinencia la cuestión de la “resistencia de las formas”, la problemática tecnológica surge inmediatamente ante nuestros ojos. Aquí, me parece importante tener en cuenta el movimiento que en los EE.UU. llaman neo-ludita, así como la crítica en general de la tecnología (estoy en este momento preparando la edición para Fenda, del manifiesto de “Unabomber”, que es un documento revelador), que por otra parte conozco mal.

Sea como sea, la importancia ideológica extraordinaria de la tecnología contemporánea está moldeando

de forma decisiva los comportamientos, al establecer físicamente la topología y los modos de interrelación; su aparato, sobre todo en base a la apariencia de inconmensurabilidad con la que se reviste, parece atribuirle una magnitud descomunal, fuera de cualquier posibilidad de control por la gente normal y corriente. Hay en el urbanismo contemporáneo, en lo que se refiere a las concentraciones de las periferias urbanas, una tendencia faraónica que abrumba; la imponente presencia de estas realizaciones, asociada a la velocidad histórica de la circulación automovilística y de la “información” parece conducir a una especie de paralización mental, o tal vez más propiamente, a una acentuación de la colonización mental que se deriva del simple hecho de que la persona tenga que moverse en semejante contexto, ocupando el cerebro con datos y números incontrolables.

Me refiero a este escenario porque son ciertamente estas condiciones urbanas, llevando al extremo el aislamiento social, las que hoy tienen mayor importancia, dependiendo todo de lo que en ellas ocurra. No sé lo que quedará, en un tal contexto, de la autonomía de la política; lo que creo es que hay, otra vez más, una mayor imbricación entre lo político, lo económico y lo tecnológico, constituyendo tal vez esta tríada una unidad, en el sentido de que ninguno de estos componentes del poder político puede ser aislado de los otros dos. (Desde el punto de vista estatal, tal vez se pueda así hablar de totalidad, al paso que ante esta totalidad política apenas podemos ver la fragmentación social, en la que cualquier respuesta se presenta, por definición, imposible.)

La fragmentación social, resultante de las innovaciones tecnológicas, es en cuanto tal una solución que el Estado obtiene para combatir posibles resistencias; desde este punto de vista es obviamente eficaz. Pero creo que el concepto de totalidad es social, siendo hoy aprehensible, por contraste, en la llamada “exclusión”, efectiva o potencial. Las potencialidades de exclusión me parece que constituyen en el presente la atmósfera en la que vivimos, siendo tal vez ellas las que remiten a la totalidad, desde el punto de vista de los súbditos del Estado, entendido éste como el conjunto de las instituciones administrativas, policiales y económicas.

El deseo como motor de la historia es otro punto que el texto clarifica al relacionar lo posible con la acción de duda radical ante la institucionalización presente. Pero la posibilidad de otra cosa está forzosamente asociada al lenguaje. Es precisamente porque el lenguaje se vuelve instrumento del poder estatal que el imaginario de oposición tiene tantas dificultades en su propia formulación y explicitación. Es también porque el lenguaje del poder estatal se vuelve multiforme, multifacético, onnipresente, una especie de vértice hacia el que todos los discursos se ven arrastrados, ciertamente por falta de substancia y concreción de la oposición a la dinámica social.

En este último aspecto, me parece que continúa teniendo mucha importancia, a pesar del descrédito que lo envuelve, el discurso de la oposición oficial. Importancia por el carácter deprimente que ocupa en la instancia política, contribuyendo en gran manera a una atmósfera de descrédito generalizado de la posibilidad de una oposición efectiva. En este aspecto, esta oposición (que para la mayoría de personas es la única posible) es seguramente uno de los más sólidos pilares del poder estatal, al imposibilitar una visión crítica de los mecanismos sociales.

Este discurso social de oposición consensual representa el más perfecto modelo de aquello que llamáis “dictar la ley a los otros”, y es en parte el modelo adoptado aquí por la oposición política aparentemente extra-estatal (es el caso de los pequeños partidos de extrema izquierda cuya estrategia se asienta en el proceso electoral). Pero me parece necesario afirmar que no todo discurso social implica dictar la ley a otros. En condiciones de una auténtica oposición, este discurso implicará necesariamente un cambio, nunca una imposición; y este contenido tendrá forzosamente que construirse en su propia lógica, en su propio modelo, en su coherencia anti-estatal. Esta problemática estaba ya presente, por ejemplo, en ciertos aspectos de lo que vivimos en Portugal cuando el 25 de Abril de 1974; la experiencia del colectivo Combate, con todas sus limitaciones, profundizó en buena medida esta idea de cambio, contraria a la de imposición. Fue ésta también vuestra experiencia en Barcelona, y de manera más prolongada, analítica y teóricamente, ¿no os parece?

Julio. Portugal, abril 1997

Aportación al debate (2)

Leyendo vuestro escrito, Crítica de la política, incitación a un debate, se tiene la impresión de que todas las puertas se cierran y se abren de par en par, casi de inmediato, las ventanas por las que una deslumbrante luz ciega nuestros ojos para dejarnos ver enseguida con toda claridad el núcleo central de la cuestión.

Te invade la sensación de que todo está ya dicho y además de la forma más inteligente posible; que el discurso se cierra y todo está visto para sentencia. Se experimenta con ello una intensa contradicción que está en la base misma de nuestra esencia como especie. Por un lado sospechamos que lo que sucede es fácil de desentrañar y que además todo el mundo es consciente de ello; pero por otro lado nos damos cuenta que quizá sea eso mismo lo que imposibilita la elaboración de un proyecto coherente que conduzca al objetivo deseado, generando impotencia.

Me da la impresión de que habría que buscar nuevas formas de desconocimiento, algo parecido a lo que vosotros definís como la duda, lo cual resulta difícil por la tendencia a buscar el conocimiento absoluto que parece ser lo único que procura estabilidad y seguridad.

El problema de la sumisión –según pienso– se genera precisamente a partir de esta actitud frente a la realidad. De ahí que surja la pregunta clave que ya se formuló La Boétie en su momento y que inexplicablemente –me he tropezado con muy pocas excepciones– nadie ha retomado, ni siquiera como propuesta.

Pierre Leroux –siguiendo una actitud que luego sería asumida como práctica política– argüía que el discurso de La Boétie estaba muy bien, pero que adolecía de falta de alternativa.

“¡Magnífico! –exclama–, pero, ¿Cómo no tener ni uno, ni varios amos? ¿Cómo no tener amo? La Boétie no da la respuesta ni nadie la ha dado hasta ahora.” Tampoco la dio Leroux, todo sea dicho en honor de la verdad.

Entre los errores del anarquismo como práctica política, además de recurso fácil a la naturaleza como generadora del principio vital y fuente de regulación de toda relación, se sitúa –a mi entender– su interés por el poder y los procesos de dominación, descuidando su vertiente contraria, el proceso de la sumisión, mucho más importante en mi opinión, ya que el problema de la intervención social se tropieza con las relaciones de sumisión generalizadas que hacen de esta intervención una serie sucesiva de contradicciones. Me he encontrado muy pocas excepciones a esta regla general. Este hecho es por sí mismo bastante significativo.

Paradójicamente, sin embargo, uno de los logros más importantes del anarco-comunismo, fue su idea de la organización que resolvía en la práctica los procesos de la sumisión; su concepto de grupo de afinidad despoja al individuo de sus pretensiones autoritarias, al mismo tiempo que lo desnuda frente a sus inclinaciones a la servidumbre.

Por muchas razones, en este país se produjo una perfecta simbiosis entre la tendencia disgregadora y autónoma de los grupos de afinidad y las tendencias integradoras y heterónomas de los sindicatos obreros. Los resultados que con este tipo de organización se pueden llegar a lograr son perfectamente conocidos para que sea necesario volver a insistir sobre ello.

Ahora bien, la dificultad estriba en saber cómo se llega a esta simbiosis tan necesaria para el acercamiento a situaciones más acordes con nuestra forma de pensar, ya que no existen reglas fijas ni fórmulas magistrales que nos puedan indicar la vía más idónea.

Kropotkin llevó a cabo una investigación muy rigurosa sobre el proceso revolucionario que se abrió en Francia a finales del siglo XVIII, centrando su atención en aquellas gentes tildadas de “anarquistas” por el girondino Brissot, opinión compartida por la mayor parte de los miembros de la Convención y no sólo girondinos. Esas gentes eran peligrosas, porque –según palabras del citado– eran “un partido de desorganizadores que tiende a disolver la República desde su cuna” y “os desorganizadores son los que quieren liberar todo: las propiedades, el bienestar, el precio de los artículos de consumo, de los servicios prestados a la sociedad, etc.; que quieren que el obrero del campo reciba la paga del legislador, que

quieren nivelar hasta los talentos, los conocimientos, las virtudes, porque carecen de todo ello”.

Según Kropotkin, “los anarquistas no constituían un partido (...) Eran revolucionarios diseminados por toda la nación; hombres dedicados completamente a la Revolución, que comprendían su necesidad, que la amaban y trabajaban por ella”. En lo que respecta a su forma de organizarse apuntaba que “muchos de ellos se agruparon alrededor del Municipio de París, porque todavía era revolucionario; otros pertenecían al club de los Franciscanos; algunos habían ido al club de los Jacobinos; pero su verdadero terreno era la acción, y sobre todo la calle. Véaseles en las tribunas públicas de la Convención, desde donde dirigían los debates; su modo de acción era la opinión del pueblo, no “la opinión pública” de la burguesía; su verdadera arma, la insurrección y con ella ejercían influencia sobre los diputados y sobre el poder ejecutivo”.

Es evidente que la influencia que estos grupos e individuos, no integrados en organizaciones estructuradas jerárquicamente, ejercieron en el desarrollo de los acontecimientos fue enorme; sin embargo su acción queda desdibujada, ya que la única información que de los mismos nos es accesible procede precisamente de sus detractores, como es el caso de Brissot.

Por ello el espacio de la crítica se reduce en la medida que se reduce la acción en la que esta crítica se inscribe; debido a ello asistimos –al igual que en otros momentos históricos de similares características– a engaños masivos, como el síndrome tóxico, el SIDA, etc., en los que la crítica se enreda en una malla de relaciones que se caracteriza por una aceptación indiferente de los hechos sociales. El “saber” oficial en estos casos es el único que adquiere “realidad”.

La ruptura en este contexto no se produce en un sólo punto; para que sea eficaz debe generarse simultáneamente en una gran cantidad de “momentos”, única forma de lograr una “comunicación” alternativa. Y es aquí precisamente donde los grupos no estructurados –efímeros– juegan un papel de primerísima importancia.

Descartado el modo de imposición de unos grupos sobre otros, sólo cabe el modo de contagio por afinidad; pero este hecho se escapa a toda teorización previa –o al menos yo no veo la forma de elaborarla. Tan sólo queda la práctica cotidiana y las experiencias precedentes. Siguiendo un símil teórico del mundo físico, la influencia contingente en el entorno se desarrolla del mismo modo que lo hace el batir de las alas de una mariposa en Tokio provocando un terremoto en San Francisco; una acción social en cualquier punto del planeta, provoca un estallido revolucionario en cualquier otro punto por distante que éste se encuentre.

Paco, Valencia, mayo 1997

Aportación al debate (3)

¿Abdicar de la razón crítica?

La transformación del marco social e histórico en que se lleva a cabo la reflexión comporta asimismo una modificación del hecho mismo de la teorización, de su función y estatuto en la sociedad actual. No sólo se han modificado las condiciones objetivas y subjetivas de pensar, sino la función del pensar mismo en la Modernidad Tardía.

Es, precisamente ahí, donde se pone en cuestión el pensamiento crítico. La tradición crítica, ya sea en su vertiente idealista o materialista, se articula a partir de una instancia de racionalidad irreductible. Ya se trate de la crítica kantiana, como de la marxiana, apelan a ese mínimo de razón común que nos distingue como seres humanos, como seres de razón. Mientras la Ilustración asentaba sobre esa instancia de razón común un principio de verdad universal, al menos, en el terreno de la especulación, la reorientación materialista de la dialéctica hegeliana confería a la razón crítica ilustrada una dimensión como principio

de un saber verdadero de las relaciones sociales entre los seres humanos.

Pero el fracaso de la clase obrera en su intento de resolución de las contradicciones de la sociedad capitalista ha supuesto la disipación del horizonte de la emancipación universal y de la racionalidad crítica que la sustentaba. En este sentido, la crítica materialista y el proyecto emancipador que encarnaba la clase obrera, cuya heterogeneidad se enmascara tras su conceptualización como noción sociológica, aparece como una de las expresiones del desmoronamiento actual de la Razón Ilustrada. En nuestro mundo, se nos dice, ya no hay sitio para principio alguno de verdad universal, sino que todo se reduce a un juego de verdades circunstanciales. Proliferan los discursos de las lógicas particulares. Sin embargo, la defundamentación que tiene lugar en el ámbito de la especulación contrasta con la nueva dogmática que se impone en el terreno de la práctica social, donde el fundamentalismo de la racionalidad económica capitalista se nos presenta desde todos los medios de propaganda, como una nueva instancia de verdad, revestida con el halo de fatalidad que le confiere su formulación como la única práctica posible. De este modo, una de las lógicas particulares, la razón económica que rige en la acumulación del capital, se eleva a la categoría de verdad que funda y legitima cualquier intervención sobre la población asalariada, el ejercicio del genocidio a las leyes xenófobas. Es decir, la razón instrumental vinculada a la práctica mercantil capitalista ha subsumido a la razón crítica. Dicho de otro modo, el mercado es la razón a la que se supedita todo.

Por otro lado, la razón instrumental limita la posibilidad del pensar especulativo en el que se inserta el pensamiento crítico, pues las categorías que la sustentan remiten a realidades empíricas, operativas que se materializan en la circulación de los valores de cambio. De ahí que las categorías que se generan en el proceso de circulación de las mercancías sean abstracciones operativas en el discurso de las lógicas particulares, de la privacidad, del consumo privado de objetos, imágenes e ideas, en fin. Por eso mismo, también, la expansión totalitaria de la razón económica no puede presentarse como expresión de universalidad, sino bajo la forma banalizada de la globalidad reproductiva del proceso de acumulación. En el discurso propagandístico del nuevo totalitarismo, sustentado por la razón instrumental de la Modernidad Tardía, la globalización viene a ser el sustitutivo de la universalidad en el modelo ideológico imperante, en el que las lógicas particulares se sobreponen a la razón crítica. Así las cosas, no hay lugar para la teoría, los discursos, las formas debilitadas del pensar.

Sin embargo, la proscripción de la teoría, en cuanto ejercicio de la razón crítica, abierta a la mundanidad más allá de la inmediatez empírica, nos aboca inevitablemente al terreno de la Opinión. Sin las ideas, los conceptos renuncian al potencial analítico y explicativo propio de su articulación como teoría, y se limitan a aparecer como meras impresiones subjetivas, categorías versátiles, etc.; es decir, si el pensamiento se equipara a la opinión, entonces las distintas expresiones del pensar también serían intercambiables. El colmo de la formalidad democrática: la ausencia de jerarquización entre las categorías del pensar. Todo es opinable, nada criticable.

La opinión aparece así como la forma banalizada de la crítica. Entonces, la única instancia de verdad, el único referente dialógico sobre el que apoyar el debate social es la opinión pública, que no es sino la forma que reviste la verdad dominante en la actual coyuntura formalmente desideologizada. Desde luego, si todo queda circunscrito en el terreno de lo opinable, si no hay posibilidad de teoría, entonces hay que preguntarse si es posible pensar. Pues, desde hace más de dos mil años, sabemos que pensar es algo más que el mero formular opiniones,

Carlos T-S., Barcelona, mayo 1997

Heckel, 1914)

La segunda oportunidad de los verdes alemanes

Después de la unificación alemana se pudo pensar en un primer momento que los Verdes de Alemania Occidental iban a desaparecer de la escena política o, como mínimo, salir muy debilitados de la prueba. Efectivamente, incluso después de la caída del muro de Berlín, cuando el futuro de la RDA aparecía por lo menos como incierto, los Verdes no quisieron renunciar a la defensa que hacían de la tesis de los dos Estados alemanes. Su discurso continuó presente en sordina, a contracorriente de la opinión comúnmente admitida. A pesar de este error de juicio, lograron encontrar una importante base electoral.

Durante este tiempo, el partido de los Verdes, convertido en la alianza política *Bündnis 90 i die Grünen*¹ se desprendió de sus miembros más radicales. Eran los que no entendían que la Ley fundamental de la RFA permitiera al gobierno de Alemania Occidental hablar en nombre de todos alemanes. A través de la cuestión nacional se había expresado el respeto que muchos de estos ecologistas de los primeros momentos, militantes de partidos de izquierda, sentían hacia un orden social no capitalista, del que se hallaban lejos de ser fervientes defensores.

Sibyll Klotz, que dirigió la lista de esta Alianza durante la reciente campaña electoral de Berlín, situada ahora en una coordinación de política de empleo con la política económica de inversiones, afirma: “Cierto, antes existían los verdes para decirnos que subvencionar la inversión era la última cosa a hacer ya que no haríamos más que favorecer al capital. En este punto se ha producido en nosotros un cambio pero no en el sentido de convertirnos en un partido que diga: 'Queridas empresas, aquí tenéis el dinero, nos importa poco lo que hagáis con él'. No existe en nosotros una política que se apoye sólo en la buena voluntad de los empresarios.”² Theo Waigel, el actual ministro de economía, rechaza en nombre de la CSU la posibilidad de una colaboración gubernamental con los Verdes e invoca su supuesta hostilidad hacia los progresos técnicos –por ejemplo, el coche– insistiendo en la inmovilidad de su identidad política: “Los Verdes continúan siendo lo que son” afirma de manera perentoria.³

Mientras, el canciller Helmut Kohl no pone reparos en reconocer la función motora que han desempeñado las técnicas de la ecología en la estrategia económica del país. Y de constatar ante el Parlamento alemán: “Nadie puede negar el hecho que, entre los países de la Unión europea y del mundo entero, en Alemania nos encontramos en la cima del desarrollo de una relación razonable entre ecología y economía.”⁴

Joschka Fischer, apodado en otros tiempos “el ministro con bambas”, se deja fotografiar, vestido de traje y corbata, hablando con el Canciller: pero nos hallamos todavía muy lejos de un armonioso acuerdo entre los intereses representados por estas dos fuerzas políticas que son los Verdes y el CDUiCSU. Sin embargo, la palabra “ecológico” es más que una promesa electoral para asegurar los votos de aquellos que “desde la base”, manifiestan inquietud respecto al estado del planeta.

Una revolución de la eficacia

¿Cómo organiza el mundo la ecología? Desde la adopción de la primera plataforma federal en 1980, el programa de 1994 de los Verdes, inscribe de manera muy clara la ecología dentro de una lógica económica precisa. Bajo el título: “La ofensiva ecológica”, se enumeran los sectores industriales de inversiones que podrían obtener un provecho real en esta nueva orientación, a saber: la industria química “dulce”, la producción descentralizada de la energía y la producción agroalimentaria. La conclusión es todavía más explícita: “La ecología es la principal condición del éxito económico futuro. Asegurar el bienestar sin destruir los fundamentos naturales de la vida, ¡esta es nuestra visión de la economía ecológica!”⁵

Los ecologistas convocan a una “revolución de la eficacia”, *Effizienzrevolution* con el objetivo de limitar la rapiña de los recursos naturales. Bajo este punto de vista, se invoca la función del político que fijará las condiciones dentro de las que se realizará el cambio ecológico de la actividad económica. De esta manera, la ecología aparece como un conjunto de normas elaboradas de manera técnica por expertos o sabios, y no como la negociación entre personas representando diferentes intereses. Estas normas que,

por un legítimo respeto de la naturaleza no humana, buscan imponer los países ricos, los que disponen del saber tecnológico, a la totalidad de pueblos del planeta, son al mismo tiempo restricciones que limitan la utilización de los recursos naturales. Esta “ecologización” (*Ökologisierung*) introduciría, por así decirlo un corsé en la búsqueda del provecho mediante la producción industrial y el comercio internacional. Representaría un freno frente a los representantes de un liberalismo que quiere organizar la tierra a la manera de un campo económico, sin otro límite que los acuerdos comerciales bilaterales. Nadie podrá explotar la tierra, el aire, el agua, si no dispone de los medios de hacerlo “limpiamente” lo que significa que sólo podrán satisfacer las demandas y necesidades aquellos que posean las energías no contaminantes o descontaminadas.

Las naciones dominantes económicamente buscan apropiarse del acceso a los recursos naturales que se hallan fuera de su territorio nacional y a buscarse igualmente salidas, los mercados necesarios para sus productos. Igual que en el pasado, la estrategia de los más fuertes consistirá en imponer a escala mundial cuotas y contingentes de productos para reforzar la estructura específica de su economía. Cada uno se esforzará en obtener acuerdos comerciales que le den prioridad sobre la competencia.

Frente a la presión de los demás estados tecnológicamente desarrollados, la estrategia de un país tan pobre en recursos naturales como Alemania federal se orienta de manera continuada hacia la búsqueda de salidas que le permitan invertir sus capitales financieros en la tecnología punta. La ecología, que se consideraba en un principio como la descontaminación o preservación de la pureza del aire, de la tierra o del agua, si se aplica a nivel planetario puede significar una formidable arma para Alemania, un arma formidable en esta batalla económica. Los elementos naturales, cuya lista se hace cada vez mayor, son sometidos a normas expresadas en términos matemáticos. De esta manera se introducen como objetos en el terreno del derecho y pasan a ser, gracias a su valor de cambio, bienes económicos.

Consecuentemente, Alemania Federal estaría capacitada para poner a disposición de los países pobres, aunque ricos en recursos naturales, los medios tecnológicos de punta para descontaminar su entorno, extraer y utilizar sus recursos, procurándose, a cambio, lo que necesita. El proyecto ecologista se convertiría así en un medio eficaz de lucha económica que, al mismo tiempo, corregiría los excesos del desarrollo sin cambiar la orientación general.

La “verdad ecológica”

Una de las visiones utópicas de la ecología se fundamenta en la noción de una racionalidad formal y matemática. Sus elementos constitutivos son los principios operativos que han favorecido el crecimiento del sistema de producción industrial: la ciencia racional descuartiza la realidad en funciones que se expresa o calcula en lenguaje matemático después de haberlo disociado de su contexto social. Veamos sobre qué base se construye esta utopía.

Se acepta que el sistema económico dominante pueda reformarse a condición de que los precios –que determinan lo que elige el mercado– “reflejen la verdad ecológica.”⁶ Vamos a pararnos un momento en esta noción de “verdad”, traducible en términos de precios o dicho de otra manera, para instalar “un modo de vida mejor adaptado a la ecología”, sería necesario adoptar una jerarquía de precios relativa a estos imperativos.”⁷ Si excluimos la posibilidad que al hablar de “verdad ecológica” los autores del razonamiento hayan pensado de una manera seria en un pensamiento *a priori* al que se puede llegar sólo por la razón, por el contrario esta formulación sugiere que los precios, como son el reflejo del resultado de cálculos, podrían ser el reflejo de una verdad objetiva, reconocida como tal de forma universal.

Pero los precios no son otra cosa que el resultado de ratios que se comparan a unas escalas de valores que no existen fuera de contexto. Tomemos el ejemplo de los “precios ecológicos para la energía” a establecer a escala europea. Se trataría de elaborar una política de precios administrados bajo las vicisitudes del mercado. Para llevarla a la práctica en un lugar determinado sin aumentar las diferencias de nivel y de calidad de vida de la población es precisa cierta homogeneidad. Pero existen dos elementos aleatorios en esta ecuación: antes que nada, los indicadores de valor que deben elaborarse en función de un conjunto homogéneo; después la subjetividad de los “decisores”, ya se trate o no de “expertos”. Alejados de su contexto cultural, los precios, así como cualquier otro signo, carecen de sentido.

Los costos sociales

Si el problema del precio se refiere en primer lugar al ajuste de las materias primas o recursos naturales al sistema vigente en un espacio por definir, las *Folgekosten* incorporan las consecuencias ecológicas de la producción industrial de muchos sectores. Propongo, para dar un equivalente a esta expresión alemana, hablar de “costos sociales”. Pero el término francés ignora la palabra alemana *Folge* (“continuación”), utilizado como prefijo y que implica que se trata de costos como consecuencia de algo. Así pues esta palabra comporta un aspecto temporal. Los ecologistas se proponen estudiar estos “costes” en los cuatro sectores siguientes: los medios de comunicación, el hábitat, la seguridad, la sanidad: una vez más, los hechos a los que se refieren provienen de una elección de sociedad y no se muestran hasta que se conoce su contexto específico. ¿Qué es un hábitat decente? ¿Cuándo se puede considerar que uno tiene buena salud? Para responder a estas preguntas, hay que recurrir a las tradiciones, a los gustos y costumbres largamente tributarios del hecho nacional. Querer sistematizar estas opciones denota una estrategia de uniformización de la población mundial más allá de las fronteras nacionales existentes.

La “racionalidad ecológica” intenta crear, mediante la coacción de los precios y otros indicadores, un “comportamiento ecológico portador de futuro” (*zukunftsfähiges ökologisches Verhalten*). También aquí nos encontramos ante una conceptualización lineal, que postula un futuro planificable ya que es concebido en términos de espacio.⁸ Como no puede haber certezas respecto a las consecuencias de un comportamiento humano específico, nos quedamos en el terreno especulativo aunque estas especulaciones se fundamenten en observaciones cuantificables de las ciencias exactas.

Integrado en un esquema de tiempo lineal, el criterio para establecer una verdadera política ecológica sería la reversibilidad, *Rückholbarkeit*, de las medidas tomadas: “Hay que terminar con esta manera de actuar que impide a las generaciones futuras modificar o parar las cosas.”⁹ Lo que significa que las generaciones futuras deben poder retomar decisiones que, posteriormente se revelarían falsas. El pasado y el futuro se sitúan en una escala lineal, en un espacio en el que pueden visualizarse.

En esta representación, las opciones sociales aparecen como objetos mecánicos que uno puede montar y desmontar a su gusto. Las recaídas de los cambios tecnológicos son infinitamente más complejas: cada modificación de los medios técnicos repercute en la organización social y espacial, con efectos inconmensurables en las maneras de pensar y de actuar de los hombres.

Una racionalidad ecológica

El mensaje de los verdes concierne a todo el planeta e intenta atraer la atención en aspectos olvidados o dejados de lado en otro tipo de discurso político o económico. “Nuestro pensamiento se basa de manera obligatoria no en análisis parciales sino en el todo.”¹⁰ Este programa contiene por otra parte, un escenario apocalíptico concebido como inevitable, si algún día los países menos desarrollados del Este y del Sur retoman, en su forma actual, el modelo de los Estados más industrializados. Así, se especifica que la base mínima para un proyecto ecológico común para todos los países debe ser “reglamentos(...) que deberíamos tener el coraje de hacer funcionar, y esto contra resistencias: una redefinición global, ecológica, social y democrática, de los aspectos materiales y formales de la actividad económica.”¹¹ Dicho de otra manera, se podría aplicar esta “racionalidad ecológica” dentro de la perspectiva de una Europa Unida.¹²

¿Quién elaborará los reglamentos, escogerá e impondrá el modelo? ¿Cómo evitar que la práctica que hay que instaurar se inscriba de nuevo dentro de la lógica de las desigualdades actuales entre los Estados-nación? -¿que las normas y las leyes que haya que adoptar no traduzcan, reforzándolas, las relaciones de fuerza del orden económico y comercial actual?

Huelga decir que los diputados Verdes conocen bien los problemas de relaciones entre países ricos y países pobres. Se apresuran a afirmar que hay que modificar este equilibrio en nombre de la supervivencia de la especie. Por otro lado, consideran que una política mundial deberá imponer con urgencia a los consumidores de los países ricos algún tipo de frugalidad para poder ayudar a los países menos avanzados a desarrollarse en una dirección precisa. “No es posible solucionar la crisis ecológica de la tierra salvo si,

por un lado, se reduce la maximalización del provecho y del consumo y, por otro se atenúan las dificultades de la mayor parte de la humanidad.”¹³

Una moral de lo cotidiano

En este contexto, la llave de la reconstrucción ecológica de la sociedad mundial pasa por un comportamiento de autodisciplina (*Selbstbeschränkung*) por parte de los habitantes de los países más avanzados, por una renuncia en favor de los menos privilegiados. Se trata, ni más ni menos que de una nueva moral de lo cotidiano. El programa Verde habla textualmente de “autolimitación”, aunque algunos diputados prefieran la palabra *Verzicht* (renuncia) o bien la expresión *Verzicht üben* (“practicar la renuncia”).¹⁴

Pero esta voluntad de asumir la responsabilidad del otro, la solidaridad con los otros, parece que se funda en la idea de una igualdad de uno mismo con el otro. Si todos los hombres son agentes iguales, si tienen la misma capacidad de expresarse, la misma manera de actuar, sus deseos deberán ser los mismos que los nuestros. De esta manera será normal que podamos tomar decisiones en su lugar; la “naturaleza” o las “generaciones futuras” deben inclinarse. En cuanto a los países llamados pobres, tomando la “responsabilidad” en su lugar, se presupone que hay una correlación positiva entre la autolimitación de los “ricos” por un lado y el mantenimiento o el desarrollo de los “pobres” por el otro. Si el mundo es un sistema económico único, no será difícil imaginar un reequilibrio casi automático entre ricos y pobres, los que tendrán “de más” y los que “no tendrán suficiente”. Pero, ¿Acaso estos últimos conciben obligatoriamente nuestro modo de vida como positivo?. Para algunos grupos las fronteras nacionales y étnicas constituyen realidades importantes. En la medida en que nuestro sistema de civilización industrial es hegemónico constituye la referencia que utilizamos para definir la igualdad y la desigualdad. Por más grande que sea el sacrificio que estemos dispuestos a realizar para reequilibrar las desigualdades materiales, siempre seremos nosotros los que determinaremos de una manera concreta cuál es la parte que nos dignaremos ofrecer a los otros

El planeta bajo vigilancia

En el caso de que todos los ciudadanos de Europa estuvieran de acuerdo en aceptar una autolimitación, ¿cómo hallar un consenso sobre las necesidades esenciales, las que habría que reducir y sobre los bienes económicos superfluos? Para un diputado berlinés la respuesta es sencilla: “En la medida en que se trata de un grupo culturalmente homogéneo, de un Estado-nación, puedo imaginarme una dictadura ecológica. Como las cuestiones ecológicas van más allá del cuadro de las naciones, hay que decir que haría falta una dictadura mundial.”¹⁵ El autor Hans Jonas, citado a menudo como autoridad por los Verdes y presente en sus programas, recurre al ideal del hombre racional y concluye que “sólo una élite puede adoptar un punto de vista ético e intelectual de responsabilidad para el futuro”. Llega también él a la conclusión de la necesidad de una “conspiración para el bien.”¹⁶ Sería, una ecodictadura, lo que evidentemente nunca ha propuesto el partido de los Verdes bajo ninguna forma. Al contrario, los cambios de comportamiento que desea se conciben como el resultado de una *Meinungsbildung*, de la formación de una opinión pública avispada, mediante los medios de masas, tanto en Alemania como en el resto del mundo.

Si los Verdes invitan a los ciudadanos a una reflexión sobre sus necesidades para reducirlas, no conciben sin embargo que todos puedan, por derecho, representar los intereses de la naturaleza maltratada. Encontramos una propuesta recurrente en los documentos oficiales publicados por el partido así como en el discurso de los representantes parlamentarios: la creación de un “consejo ecológico”. Designado para defender los intereses de la ecología, podría convertirse en un anexo del Parlamento. Un colaborador científico del grupo de los Verdes en el Parlamento definía de esta manera el funcionamiento de dicho órgano: “El consejo ecológico es (...) un grupo de expertos, una asistencia a los Parlamentarios, que lo eligen, pero no forma parte del Parlamento. Estas personas tendrán por consecuencia algunos derechos dentro del proceso democrático, o sea el de poder bloquear un proyecto de ley que les parezca sospechoso desde el punto de vista ecológico. Aconsejarán a los parlamentos y también a los gobiernos; ejercerán una influencia activa para impulsar la idea de ecología.”¹⁷

Esta lógica nos lleva a pedir una especie de “tutela” que se haría responsable e impondría los intereses de la naturaleza y de las futuras generaciones: para caracterizar las funciones de este areópago en versión alemana, o bien se toma el término inglés *stewardship*, o bien se usa el término *Treuhänderschaft*¹⁸ –la gestión por parte del Estado de los asuntos de otros, en nombre suyo y en su interés. Esta asamblea de sabios defenderá pues “la naturaleza, que de otra manera carecería de voz dentro del sistema parlamentario muy centrado en el ser humano y, al mismo tiempo, en nuestro sistema de gobierno”.

El consejo ecológico no se limitaría sólo al gobierno alemán: proponen crear igualmente una estructura análoga para asegurar este trabajo en el seno de la ONU, y también una segunda instancia de control a nivel mundial: un tribunal ecológico internacional “teniendo como labor el hacer aplicar por ejemplo, la Carta universal para la Naturaleza, de 1982.”¹⁹ Al lado de los “Casco azul” de la ONU, ¿podremos ver algún día unos cuerpos de intervención ecológica, los “Casco Verde” de la ONU?

Dentro de la guerra comercial

Los Verdes buscan hacer oír su voz para defender un punto de vista que consideran olvidado en las tomas de decisión mundiales. En un mundo en el que cada individuo, cada nación lucha para mantener su posición, o para mejorarla imponiendo su voluntad a los demás, correspondería a los ecologistas defender, no intereses particulares, sino más bien puntos de vista universales así como los intereses de las futuras generaciones.

Este discurso sobre la ecología esconde el hecho de que los problemas a tratar se convierten en una elección de valores. Por otro lado, retoma e imita la técnica del experto, del tecnócrata. Por su manera de seccionar las relaciones complejas del ser viviente con “problemas”, el experto aporta una “solución”, como si pudiera operar un cambio dentro del vacío social. La burocracia se caracteriza por su capacidad de convertir movimiento e interdependencia en una sucesión indefinida de “estados de inmovilidad”. Erigida en modelo científico, esta aproximación es inadecuada para comprender lo social y por lo tanto la ecología.

Abrazando los límites del sistema económico dominante, el movimiento de la ecología política se sitúa, implícita o explícitamente, en la vanguardia. Las instituciones que toman decisiones a las que acceden los Verdes por vía parlamentaria actúan como instrumentos al servicio de la lógica del expansionismo económico. Y esta lógica les lleva a pensar el futuro en unos términos impuestos por el sistema económico dominante y a hacer del proyecto ecologista un medio eficaz de lucha en una guerra comercial mundial.

Margaret Manale, Paris

NOTAS

- (1) Que se continúe llamando, con un abusivo recorte “el partido de los Verdes”, lo que refleja, por otro lado el escaso interés dado a los grupos de la ex-RDA en el seno de esta Alianza.
- (2) Entrevista publicada en *Die Tageszeitung*, 26 de mayo 1995.
- (3) Discurso ante el congreso CSU 1995, citado en *Das Parlament*, 15 setiembre 1995.
- (4) Discurso del 7 de setiembre 1995 sobre el presupuesto federal 1995.
- (5) Programa federal, Bonn 1994. Pág. 8
- (6) Programa 1994, pág. 23
- (7) Programa 1992, pág. 2
- (8) Cf. sobre la percepción tiempo-espacio en términos de cálculo de probabilidades Alain Gras y S. Poirot-Delpech. *Grandeur y dépendences. Sociologie des macro-systèmes techniques*. PUF 1993 p. 244-248.
- (9) Entrevista de octubre 1988
- (10) *Auf dem Weg zur ökologisch-solidarischen Weltwirtschaft*. Esbozo de proyecto para una economía mundial Verde. Bonn 1992 p.2
- (11) Tratado de asociación *Bündis 90iDie Grünen* 1992 p.12
- (12) Programa europeo 1994 p.6
- (13) *Auf dem Weg...*, op.cit. p.45
- (14) Un autor utiliza la expresión “autolimitación ecológica” cf Gerd Winter, “Von der ökonomischen Vorsorge zur ökologischen Selbstbeschränkung” *Aus Politik und Zeitgeschichte* B 37i94, 16.09.1994, p. 11-19

(15) Entrevista de junio 1990

(16) *Das Prinzip Verantwortung*, Insel Verlag, Francfort sur le Main, 1979, p. 262.

(17) Entrevista de octubre 1993

(18) Esta palabra, cargada de significaciones históricas y connotaciones, fue utilizado por un miembro de los Verdes del Oeste, responsable de las cuestiones políticas en el Bundestag durante una entrevista que tuvimos con él en octubre de 1993. Este uso se hace eco del uso del término *Treuhand* que podemos encontrar en Hans Jones en *Das Prinzip Verantwortung*, op cit. p.29.

(19) *Auf dem Weg zur ökologisch-solidarischen Weltwirtschaft*. op. cit. p.16

Correspondencia

Desde **Zaragoza**

Sobre las verdaderas causas de la intervención militar en Albania

Dado el actual clima de completa confusión ideológica que impera en nuestras sociedades, no resulta extraño que las mentiras oficiales emanadas de las instancias estatales apenas encuentren resistencias o incluso reticencias, en los sectores sociales a quienes correspondería ejercer una permanente crítica de los discursos oficiales.

Es un ejemplo paradigmático de tal situación la ausencia de críticas fundamentadas con que ha sido recibido tanto el proyecto de intervención militar internacional en Albania, como las burdas y torpes justificaciones de la misma, emanadas de los centros habituales de propaganda estatal o para-estatal. Como se sabe, se está procediendo a intervenir militarmente en el susodicho país balcánico con la excusa de la distribución de ayuda humanitaria y de la erradicación del clima general de violencia, todo ello desde una aparente imparcialidad y ecuanimidad respecto de las partes en conflicto.

Sin embargo, tales justificaciones no pueden menos que sorprender por su imbecilidad a quienes conserven algún gramo de sentido común. Que se sepa, la situación de plena pauperización de la sociedad albanesa era previa al estallido de la insurrección y, en gran parte, agravada por la implantación de los ya mundialmente conocidos planes de ajuste económicos recetados por el Fondo Monetario Internacional y por el Banco Mundial. Con anterioridad al proceso revolucionario en curso no parece que las cúpulas dirigentes del capital internacional hayan manifestado la más mínima preocupación por la miseria absoluta que padecen las gentes de Albania; antes bien, al contrario, la miseria parece ser, en la mentalidad liberal/neoclásica, condición necesaria de la reactivación de los procesos de acumulación de capital.

En lo referente al aducido propósito de restaurar el orden sin beneficiar a ninguna de las partes en lucha, no nos es posible admitir tal pseudo-argumento. Pues el conflicto existía ya antes de la sublevación, cuando el régimen dictatorial de Berisha actuaba a su antojo con plena violación de todas las leyes escritas y morales, sin que tal tiranía moviera a los supuestos campeones mundiales del democratismo a desarrollar alguna forma de ingerencia a intervención. Sólo cuando la iniciativa estratégica del conflicto ha pasado a manos de las clases oprimidas, se ha producido la reacción de los medios político-militares del capital internacional y la decisión del envío inmediato de tropas. De un somero análisis del contexto se infiere la interesada parcialidad con que actuaron los ejércitos expedicionarios.

Que los/las sublevados/as no han gozado de buena prensa es algo evidente. De las fuerzas rebeldes se ha dicho simultáneamente que son dirigidas por la mafia, por los destronados estalinistas, por bandas de delincuentes... al tiempo que serían una multitud bárbara de portadores de un desorden nihilista y autodestructivo.

No han faltado las definiciones de locura colectiva y de renacer de violentas costumbres atávicas. Que se sepa, nadie se ha tomado la molestia de investigar, siquiera como mera curiosidad científica las formas de autogobierno con que se han dotado las comunidades sublevadas. Parece que la mentalidad de los corresponsales periodísticos está más presta a la superposición de prejuicios ideológicos, que a la

indagación independiente y objetiva, en la medida de la posible, de la realidad albanesa.

Sobre este peculiar material informativo, se construye el edificio de pseudos-argumentos legitimadores de la intervención militar, cuya aludida grosería y necedad hemos señalado. Se ve que ante una sociedad clínicamente muerta ya no es necesario elaborar engaños de cierta calidad; bastan las falsedades más toscas.

Dicho esto, tenemos que señalar que las pocas críticas a la intervención que hemos podido conocer incurren en el error de bulto de creer que el objetivo de la intervención es sostener al Presidente Berisha. En realidad, el tal Berisha es una pieza totalmente sacrificable, pues el objetivo principal es mantener un régimen político adecuado a las pretensiones económicas y geoestratégicas del capital internacional. Si tal régimen puede ser garantizado mejor por los burócratas del Partido Socialista, se optará por un recambio tutelado y controlado, con las habituales compensaciones a los excluidos del gobierno.

Si, como decimos, el capital internacional puede optar por nuevos aliados en el seno de algunas de las burocracias albanesas en liza, parece claro que el único enemigo real de los militares expedicionarios son las comunidades insurgentes del sur del país, sobre las cuales va a pender la amenaza de una fuerza militar abrumadora. Si la mezcla de persuasión política y amenaza militar no operara los resultados deseados (la rendición de los/las revolucionarios/as), podríamos asistir a un empantanamiento de la situación y a una peligrosa escalada de trágicas consecuencias.

Corresponde a quienes están arriesgando sus vidas en el proceso insurreccional en curso, valorar si pueden hacer frente por si solos/as a la avalancha militar que se les viene encima. No habrán de esperar la hoy inexistente solidaridad internacionalista, que en otras épocas movilizó a las clases trabajadoras en contra de las agresiones imperialistas del capital. Luchan en las peores condiciones posibles, incluyendo en las mismas la notable estupefacción y confusión que produce el haber sufrido todas las tiranías imaginables. Sin embargo, esta breve experiencia de libertad y poder constituyente quedará en las memorias de los/as sublevados/as, pese a sus deficiencias y lógicas confusiones, como uno de esos momentos en que el autogobierno y la apropiación colectiva de poder parecen posibles. Al igual que sucedió en 1992, cuando las clases expoliadas norteamericanas se sublevaron contra el abuso institucional y la explotación económica, denunciando, con una acción insurreccional, el carácter ilegítimo e innoce del corrompido poder constituido.

J. Antonio, abril 97

Desde San Francisco

El Salvador 4 años después. La guerra en contra del pobre se acentúa

El país más pequeño de Centro-América hizo noticia a nivel mundial como resultado de una guerra fratricida que destruyó parcialmente el alma de esa nación. Además de la destrucción de infraestructura, casi 80 mil vidas se perdieron... El Salvador y su gente es hoy un país más pobre, más abandonado, más diferente, más dividido y sobre todo es un país que no se encuentra.

Al parecer el destino de El Salvador lo demolió la guerra; es triste pensar y hacer historia; el mirar para atrás crea a los salvadoreños un sentido de terror, desesperación, llanto, traición y luto por eso la mayoría de ellos han decidido cerrar por completo ese capítulo de su propia historia; una historia que desgraciadamente podría volver a repetirse. Los que deciden ignorar su propia historia terminan siendo víctimas de ella misma.

Los causantes de la guerra están hoy más fuertes, más poderosos y con más deseos de no atacar las causas reales de la guerra que devastó a esa nación de 1980 a 1992. A través de esos doce años de guerra, el "pulgarcito de América", como también se la conoce a esa nación, sufrió transformaciones político-sociales que no fueron lo suficientemente significantes como para minimizar la pobreza y la desigualdad económica.

En diciembre de 1992, la Organización para las Naciones Unidas (ONU), bajo presiones directas de Estados Unidos y conforme a la coyuntura de aquel momento (fin de la guerra fría y reacomodo del sistema bajo un Nuevo Orden Económico internacional) decide ponerle fin legal al conflicto salvadoreño.

La guerra militar terminaba y daba inicios a una guerra económica en contra del pobre; una guerra para la cual el pobre no estaba preparado.

Y aquellos que heroicamente trataron de crear una sociedad más justa están ahora en retirada, los bien llamados izquierdistas descafeinados y otros fueron atrapados por la magia del Nuevo Orden Económico internacional y sus dólares, por un lado, y, por el otro, el fin de la guerra fría los dejó más confundidos y formando alianzas con quienes históricamente fueron los verdugos del mismo pueblo que los ahora izquierdistas burocratizados, de escritorio, decían defender.

Como en la novela “Artemio Cruz” del gran Carlos Fuentes, con el fin de la guerra los revolucionarios se abrazan con los generales y los comandantes guerrilleros (algunos,) se mezclan entre las elites de la nación convirtiéndose ellos mismos en parte fundamental del poder económico y político que antes decían atacar, el gobierno de turno se convierte en un instrumento de opresión en contra de la sociedad.

La libertad tan aclamada por muchos es hoy necesaria en El Salvador, “la ley más profunda de la política es la libertad”, decía Arthur Schopenhauer, filósofo alemán “es una avenida para el cambio”, agregaba, a la vez que indicaba, “el desarrollo de la libertad y del estado es la libertad misma” En El Salvador algunos revolucionarios son ahora contrarrevolucionarios y cooperan con el gobierno de extrema derecha en oprimir a la sociedad civil que reclama libertad.

Se llega hoy, en medio de toda la confusión, a hablar inclusive de democracia representativa o de pluralismo democrático en El Salvador. Se cometen ridiculeces políticas a diestra y siniestra, los otrora líderes del pueblo hacen pactos económicos (el pacto de San Andrés,) con el partido gobernante, cuya ideología derechista es más visible hoy que nunca. La venida de los falsos profetas es una realidad en El Salvador, pero no es nueva.

En medio de tanto pacto está la realidad: dos terceras partes de la población viviendo en una pobreza absoluta; 75% de la población desempleada o subempleada en lo que se conoce como el sector informal de la economía (ventas callejeras de chicles, periódicos, dulces, la vida misma; extorsiones al por mayor, secuestros y asesinatos pagados, etc.); el 95% de los bosques destruidos, ríos secos o contaminados, crimen organizado y desorganizado rampante; en fin, un caos organizado, parece contradictorio pero no lo es. Después de todo, el partido en el poder es el partido de los ricos; el partido de los escuadrones de la muerte, el partido del crimen organizado y la corrupción entre otros.

La prostitución política en El Salvador ha llegado a extremos inaceptables; uno de los grandes estrategas del otrora Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), está hoy estudiando para presidente en una de las más altas universidades de los capitalistas, la universidad de Oxford, en Inglaterra. La negociación de la guerra se hizo a cambio de becas también.

En Oxford no es posible que enseñen a diseñar diagramas en los cuales se encuentre la fórmula perfecta para distribuir más equitativamente el ingreso - riqueza nacional. Tampoco el becado está siendo entrenado para erradicar la miseria de El Salvador.

¿Para qué ir tan lejos a aprender los métodos que el sistema usa para explotar sofisticadamente a la población? ¿para qué irse hasta Inglaterra a memorizar los últimos teoremas económicos y matemáticos que hacen más rico al rico y más pobre al pobre? Si ya la misma lógica se aplica.

El ya fallecido fundador de los escuadrones de la muerte y del partido que hoy gobierna a El Salvador (el partido ARENA) fue a hacer estudios de post grado a uno de los centros de tortura más terribles de Taiwan y también recibió adiestramiento científico en los últimos adelantos de la materia en Israel. Eso, porque en El Salvador no éramos tan sofisticados como para tener tan modernos centros.

Pablo Rodríguez

Desde EE.UU.

Los nuevos inmigrantes enriqueciendo las luchas de los Estados Unidos y sus contradicciones.

“Yo soy ahora un ciudadano del mundo”, es así como un trabajador indocumentado del Ecuador se describe. A él se le puede encontrar en el corazón de Manhattan trabajando por \$3 la hora, 10 horas diarias, con un domingo libre cada dos semanas. Quizás ustedes le verán como “El Otro”, el “ilegal”, el

chivo expiatorio de los políticos que ya no pueden ni siquiera pretender ofrecer soluciones a nuestros problemas, sólo tratan de ponernos en contra de él.

La realidad compleja que el trabajador inmigrante trae a las luchas laborales de América del Norte es un fenómeno nuevo no solamente en los Estados Unidos sino globalmente. Los últimos 20 años han visto un aumento tremendo de trabajadores inmigrantes de Latinoamérica, el Caribe, Asia y África, que son forzados a emigrar a Europa y Estados Unidos por la crisis económica mundial, como resultado de la reestructuración, la austeridad y por las revoluciones fracasadas.

En sus países simplemente no hay trabajo y no hay manera de sobrevivir para millones de estos trabajadores.

Y ahora con la reforma anti-humana de Asistencia Pública que el presidente Clinton firmará como ley, las estampillas de alimentos, el Medicaid y cualquier otra clase de asistencia del gobierno a los inmigrantes legales y refugiados, será cortada. El 40% de los ahorros con esta medida viene de los cortes a los inmigrantes. Esto, a pesar de que los inmigrantes pagan aproximadamente 85 billones en impuestos en toda la nación y reciben solamente 5 billones en servicios del gobierno.

La ley de Asistencia Social de los republicanos y Clinton pisa los talones de la ley “Anti-terrorista y de Pena de Muerte Eficaz” que pasó en abril, la cual está ya deportando inmigrantes legales por haber cometido faltas pequeñas; la “reforma” de la ley de inmigración, que tomó el modelo de la proposición 187 en California, se está abriendo paso en el Congreso; y la aprobación de la propuesta de ley del Congreso, del 1 de agosto, que hace que el inglés sea el idioma oficial de los Estados Unidos.

Bajo esta nueva ley, las papeletas de votación podrían no ser impresas en ningún otro idioma que no sea el inglés. Esto ha llevado al congresista de Chicago Luís Gutiérrez a llamar a la ley “El Jim Crow (nombre dado a la Segregación racial legal entre blancos y negros en el Sur de los Estados Unidos hasta los años sesenta) de los noventa” Siendo “los latinos ciertamente el principal blanco”, Gutiérrez dice, “Inglés-solamente es también una amenaza para los polacos e italianos-americanos, para los chinos y ucranianos-americanos”.

Tendríamos que regresar a las Leyes de 1880 de la Exclusión de los chinos o a las Leyes de los Orígenes Nacionales de 1921 y 1924, limitando la emigración de europeos del sur y del este, para comparar con estos ataques a los inmigrantes. Los líderes republicanos y demagogos racistas como Pat Buchanan sienten que es la gran estrategia del año de elecciones declarar la guerra a los inmigrantes, como los criminales de guerra Slobodan Milosovic de Serbia y Radovan Karadzic de la llamada “República Serbia” en Bosnia encontraron en la limpieza étnica una gran fórmula para ganar poder estatal. La confabulación de Clinton, sin embargo, es con el propósito de mantenerse en el poder.

La inmigración es tan vieja como nueva en los Estados Unidos. A los mexicanos, que históricamente han sido una presencia en la fuerza laboral desde el periodo en que los EE. UU robaron la mitad de México en 1848 y que tradicionalmente cruzaron la frontera para trabajar al norte del Río Grande, se han sumado los portorriqueños que han venido a New York desde los años treinta, y los dominicanos, especialmente después de que el presidente Johnson invadió la República Dominicana en 1965 con 45 mil marinos de los EE. UU.

Fueron los centroamericanos y haitianos quienes han tenido que escapar de los regímenes militares apoyados por EE.UU. y los Cia-terroristas contras en los años ochenta. Jamaicanos y otros de las Indias del oeste han venido desde hace mucho tiempo a los EE.UU. y los asiáticos tienen una larga historia en la fuerza laboral en los EE. UU, retrocediendo al siglo XIX cuando los trabajadores chinos fueron traídos acá a la fuerza para construir los rieles de los trenes y fueron atacados por la Federación Americana del Trabajo. Desde que los europeos han dejado de ser el grupo de inmigrantes mayoritario, el racismo ha llegado a ser, aún más, una parte de la historia anti-inmigrante.

Exiliados por desesperación

Lo que es también nuevo es que en los últimos diez años, más o menos, cientos de miles de trabajadores desde más y más lejos de América Latina han tenido que realizar el peligroso y costoso viaje por tierra, a través de México, para terminar en las fábricas de sudor de New York. Una vez aquí, trabajan por salarios que se han devaluado dramáticamente en la última década.

Primero trabajan dos años para pagar su deuda a los prestamistas y coyotes que financian su viaje, luego trabajan dos años más para comprar un pedazo de tierra en su pueblo natal, y trabajan un año más para construir una pequeña casa para sus familias allá. Y todavía un año más para ahorrar un poco de dinero para el día del regreso con sus familias a quienes fueron cruelmente forzados a dejar.

Pero bajo la economía neo-liberal en América Latina, comenzada por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, no hay esperanza de trabajo cuando regresan.

Para estos inmigrantes nuevos de Perú, Ecuador y Colombia, como para los de América Central, no hay esperanza de eventualmente legalizar su estatus de trabajo. La Ley anti-inmigrante Simpson-Mazzoli de 1986 no estuvo nunca dirigida a los empleadores que contratan trabajadores indocumentados. Más bien, eso ayudó a crear una nueva clase de trabajadores ilegales permanente que depende más de jefes explotadores que saben su estatus y que lo han usado para causar una explosión de fábricas de sudor de bajos salarios desde que se pasó esa ley.

La asociación de trabajadores inmigrantes ha combatido esto, desde la Dirigencia China y la Asociación de Trabajadores y el Centro de Trabajadores Latinos en New York, hasta la Asociación de trabajadores inmigrantes en California.

A diferencia de previas generaciones de inmigrantes que han venido a New York, los nuevos inmigrantes de hoy no tienen esperanza de instalarse con sus familias aquí debido a los salarios de hambre que ganan. Más aún, la distancia, el peligro y el gasto del viaje a los EE.UU. significa que ellos no pueden afrontar el ser deportados. Ser deportados significaría un desastre de proporciones inmensurables para toda la familia. Esto hace que el que se organicen los trabajadores inmigrantes sea más peligroso y difícil.

Desesperación es una condición que ha exiliado a los trabajadores inmigrantes de sus tierras natales. De acuerdo a una descripción de un trabajador ecuatoriano de esta condición desesperante “es considerado normal comer carne solamente una vez al mes y luego una familia vive en un solo cuarto. Gente que vino de la Comunidad Europea a inspeccionar, ni siquiera entendían como la gente puede haber sobrevivido.

El número de calorías que se consumen no son suficientes, en sus cálculos, para mantener la vida. Hay por lo menos un 70% de mala nutrición en los niños. Un niño puede tener nada más que una taza de café por desayuno y desmayarse en la escuela. Yo me niego a permitir que mi hijo se muera de hambre.”

Sin embargo, la fuerza laboral latina es muy compleja, con sus diferencias raciales, culturales e históricas. Existen luchas vibrantes en América Latina de los indígenas, como vimos en la rebelión de Chiapas. La dialéctica de raza y clase en América Latina enriquece el fermento de ideas que los trabajadores inmigrantes traen con ellos al movimiento laboral y a las luchas sociales de América del Norte.

Esto se ve especialmente en la Costa Oeste. Fue la Unión de Trabajadores del Campo (UFW) la que dirigió una nueva clase de movimiento de los trabajadores en los años sesenta y setenta. Mientras los burócratas viejos de la AFL-CIO (Confederación de Sindicatos), estaban estancados en el sindicalismo conservador, sin siquiera darse cuenta de que estaban perdiendo lo que el movimiento de trabajadores había ganado, la UFW demostró en lo que puede convertirse un movimiento real. Habiendo luchado con sus propias contradicciones, la UFW ha tomado un giro organizativo en los campos de frutillas en California.

En 1992, fueron los trabajadores de albañilería, casi todos mexicanos y centroamericanos, quienes pararon toda la construcción de viviendas en California, hasta que ganaron su unión. En 1995, fueron los granjeros, en su mayoría mexicanos, quienes se organizaron. Trabajadores de base en ambas luchas fueron quienes dirigieron el paro. Esto significó que en vez de los usuales paros de la construcción, con solamente unos pocos trabajadores protestando, cientos de trabajadores protestaron en el sitio de trabajo y convencieron a otros trabajadores para que se uniesen al paro.

Trabajadores de limpieza inmigrantes en las campañas de Justicia para los Trabajadores de Limpieza, en Los Ángeles, pusieron esa lucha en el mapa con sus tácticas militares. Con Los Ángeles ahora como la capital manufacturera de los EE.UU. –más o menos 717.000, en su mayoría trabajadores inmigrantes, trabajan en las fábricas de costura, plásticos, textiles y procesadoras de alimentos– los organizadores de los trabajadores esperan aprovechar las victorias de la nueva militancia de trabajadores inmigrantes. Esto ha sucedido así especialmente para LAMAP (Proyecto de Acción de la Manufactura en Los Ángeles).

Uno de los organizadores de LAMAP es Joel Ochoa, de Chiapas, México, que es también el dirigente de

la división del Sudeste de la Asociación de Trabajadores inmigrantes de California. Ochoa dice que “Si usted ve nuestra experiencia, usted ve a los inmigrantes tratando de llegar a las Uniones más que las Uniones tratando de llegar a los inmigrantes. La Gente está viniendo acá de México y de todas partes de América Latina con una tradición y cultura que les da un repertorio rico en tácticas para luchar en contra de las compañías” (Ver David Bacon, “Cómo los trabajadores inmigrantes en California están revitalizando el trabajo”, en el Village Voice).

Es con la táctica de reprimir esta militancia creciente de trabajadores inmigrantes de bajos salarios y contaminando las mentes de los trabajadores nativos en contra de ellos, que los políticos como el neo-fascista Buchanan y el neo-neo fascista gobernador de California Pete Wilson han hecho crecer la histeria anti-inmigrante que ahora es tan popular en el país.

Estado autoritario del Welfare

Con leyes del Estado y federales y agencias bloqueando la puerta de las escuelas o los trabajadores inmigrantes y sus hijos, verdaderamente están enfrentando un Jim Crowsismo de los noventa. Y porque los que están viniendo a los EE. UU. son cada vez más los descendientes de los indígenas habitantes de las Américas, Norte, Sur y Centro, es al mismo tiempo trágico y falso escuchar ahora a los descendientes de inmigrantes europeos decirles que ellos son los “Ilegales”.

Lo que es trágico y falso es que, mientras la nueva legislación represiva anti-inmigrante hace que trabajar sea un crimen para los inmigrantes, la “reforma” al Welfare de los republicanos y Clinton, igualmente represiva, criminaliza a los trabajadores pobres nativos por la incapacidad de este sistema de proveerles trabajo con un sueldo para poder vivir.

Los inmigrantes pobres bajo la nueva legislación serán multados por la cantidad absurda de \$500.000 y encarcelados por 15 años por usar identificaciones falsas para conseguir trabajo; a los trabajadores pobres nativos, bajo la “reforma del sistema de Asistencia Social”, les será negada la Asistencia Pública y sus hijos se empobrecerán más para forzarlos a la competencia con trabajadores inmigrantes en las fábricas de sudor de bajos salarios. Mientras tanto, se continúa construyendo prisiones para los que no pueden conseguir trabajo, 5.000 agentes para la frontera han sido contratados y el espacio para detención del Servicio de inmigración y Naturalización se ha expandido a 9.000 camas para los inmigrantes encontrados tratando de conseguir trabajo. Bajo estas leyes, los trabajadores pobres están condenados si lo hacen y condenados si no lo hacen.

Esta es la razón por la que, después de la rebelión de Los Ángeles en 1992 en donde los negros y los nuevos inmigrantes latinos juntos se levantaron, los burgueses respondieron con la Proposición 187 anti-inmigrante. Su objetivo fue tratar de socavar el comienzo de esa unidad entre negros y latinos en las calles volviendo a los trabajadores negros y blancos en contra de los inmigrantes. Luego vino el ataque a la acción afirmativa para tratar de poner el trabajo de los blancos en contra tanto de los negros como de los inmigrantes.

El reto del movimiento de trabajadores es atacar estas leyes anti-inmigrantes y anti-trabajadores. Esto significa no quedarse callados ante la confabulación de Clinton con el Congreso, en contra de los trabajadores, controlada por los republicanos solamente porque ellos finalmente alzaron el sueldo mínimo como un intento de parar la creciente militancia de los trabajadores, especialmente de los de base con salarios bajos. Ya sean albañiles, trabajadores del campo, de la costura, de hoteles, camioneros en Los Ángeles y los Puertos de Long Beach o trabajadores inmigrantes de las fábricas de sudor de Manhattan, nuevas indignadas demandas sobre el trabajo se escuchan. Trabajadores inmigrantes que han dirigido paros, movimientos insurgentes y ocupación de fábricas en las industrias de América Latina y a quienes se les cortó el trabajo en la primera vuelta de la reestructuración neo-liberal, han traído esa rica experiencia a las luchas de los trabajadores de hoy en los EE. UU.

Emigración de Ideas

En las fábricas de sudor de New York no es inusual encontrar estudiantes que han estudiado marxismo, que han trabajado en las comunidades de base de la teología de la liberación y que conocen la realidad tanto de la ciudad como del campo del Tercer Mundo. Ellos están aquí ahora por que esas formas de

resistencia y sobrevivencia se han apagado o porque las políticas económicas neoliberales han aplastado sus organizaciones.

Sin embargo, la crisis es tanto filosófica como económica y política. Como un trabajador ecuatoriano de una fábrica de sudor en New York expresa: “Nosotros fuimos una juventud de catequistas (activistas de la teología de la liberación). Muchos de nuestros líderes fueron forzados a emigrar por la crisis económica pues ellos no podían seguir manteniendo a sus familias. Nuestro slogan era: Ayer Nicaragua, hoy el Salvador, este es el camino para el Ecuador”.

Cuando Nicaragua regresó al capitalismo en 1990, fue como una luz que se apagó. Esa fue una revolución que se hizo con una gran contribución de la teoría de la liberación. ¿Cuáles eran nuestras alternativas? En esta crisis de los noventa ¿Qué ideología, qué balsa nos salvaría? No hubo ninguna. Los partidos de izquierda nos dividieron. Vimos las muertes sin fin en Perú y América Central, y la falsa alternativa de las elecciones en Colombia.

La nueva inmigración de los últimos 20 años ha cambiado todo el panorama en la lucha por la libertad en los Estados Unidos. En las complejas relaciones multiculturales dentro de las comunidades de inmigrantes, y entre los nuevos inmigrantes y, en lo que siempre ha sido el toque en la civilización Americana, su dimensión Negra, el reto sigue siendo: ¿Cómo trabajar una mediación concreta y práctica en estas luchas, para que no solamente hablen por cada uno, sino que la revolución misma llegue a ser irresistible?

John Marcotte

Desde Euskadi

Con motivo de la detención de un joven menor de edad

(...) Ya os habréis enterado de todas las detenciones que ha habido por aquí ¿verdad? Bueno, pues nuestro hijo fue uno de ellos. No sé si habréis leído algún periódico pero ahí venía su nombre y apellido bien explicado, junto con el de otros chicos más. Lo detuvieron en plena calle y no nos comunicaron nada porque le aplicaron la antiterrorista. A las 11 de la noche nos confirmaron que estaba en comisaría. Fuimos pero estaba incomunicado, imposible. Tropezamos ahí con un muro. No sabéis qué tarde de angustia pasamos sin saber dónde estaba, nadie sabía nada de él.

La orden venía de Garzón, de la Audiencia Nacional ¡alucina!

A la madrugada vinieron a casa con él esposado para hacer un registro. No encontraron más que chorradas, pero la impresión de ver así fue se infarto. No sabíamos qué le habían hecho, pero veíamos que no estaba muy bien. Y como seguimos igual que con Franco, así fue. Le habían torturado: bolsas, intentos de tirarlo por la ventana, golpes, amenazas, etc... Imaginaos qué noche pasamos cuando se lo llevaron y la impresión de sus hermanos.

A la mañana siguiente, vuelta a comisaría. Lo llevaron en coche a la Audiencia Nacional a Madrid (esposado a la espalda, con la cabeza entre las rodillas todo el viaje y dándole golpes el policía que llevaba al lado) y nosotros detrás, claro. Allí estaban los otros padres. Los abogados de Gestoras Pro-amnistía ya estaban en Madrid. Esperamos toda la tarde angustiados. A la madrugada nos dijeron que salían con fianza si pagábamos. En nuestro caso menos de medio millón y la acusación de quemar un autobús. Él lo negó todo ante todo el mundo, veremos en que queda porque las diligencias siguen en Madrid.

¿Qué os parece? Ha adelgazado 4 kg. y parece que se recupera poco a poco. Le cuesta mucho estudiar y centrarse. Sale a la calle mirando para todos los lados y acompañado. Han cumplido su objetivo.

Todo esto va acompañado de un montón de detalles que algún día ya os contaremos. Nos han estado espionando y metiéndose en nuestra vida privada desde hace mucho tiempo. Sólo sé que dan ganas de irse a vivir al último rincón del mundo, para no aguantar tanta mierda como hay en este país democrático. Menos mal que hemos vivido una dictadura y sabemos como funciona que sino...

Si queréis decirnos algo, más vale que lo hagáis por carta pues tenemos el teléfono intervenido.

Hemos recibido...

EL **RODABALLO**. Verano 1996i97. Deán Funes 447. 1214 Buenos Aires. Argentina.

Abre esta última entrega de El Rodaballo, ya con tres años de andadura, una editorial sobre: “La izquierda ante la herencia de la modernidad”, donde se intenta pensar, a la vez, la modernidad y la emancipación. Para ver desde dónde se hace el análisis entresacamos un par de párrafos: “La hegemonía neoconservadora, apropiándose de los valores de la eficiencia, el progreso, la modernización, e inclusive de cualquier proyecto de futuro, comenzó a operar desde hace algunos años ejerciendo sobre cualquier contestación un aplastante poder de chantaje. Todo opositor, todo resistente, es descalificado en términos de romanticismo o de barbarie. La situación es nueva y no lo es: ya nuestros antepasados anarquistas, socialistas, comunistas, trotskistas –e incluso mucho más atrás, los utopistas, los “rebeldes primitivos”– se vieron obligados a hacer frente a las formas que en su época adoptó la ideología del progreso y la modernización capitalista. No es casual, pues, que quienes resistimos hoy busquemos nutrinos de la fuerza de los resistentes del pasado así como enriquecer nuestra capacidad de contestación revisitando los momentos claves de un pensamiento que se negó obstinadamente a aceptar, sin más, a la razón instrumental como Razón, a la representación como Democracia, o a la Modernidad como Emancipación.”

En “Tesis sobre la crisis de la izquierda”, Helios Prieto crítica la interesada oposición por parte de la derecha entre igualdad y libertad: la igualdad es la condición del ejercicio de la libertad; para hacer a continuación un somero repaso de la izquierda frente al poder, encaminada no hacia la supresión de la política sino hacia la conquista del poder político, poder que acaba conquistando a la izquierda, y reafirmando el poder del Estado. En las siguientes tesis se aborda el momento actual de nuestras sociedades industrializadas y robotizadas y la posibilidad de la emancipación social: “La forma salario ha alcanzado plena madurez, al menos en los países industrializados. El pronóstico de Marx de que la clase de los asalariados sería la mayoría de la sociedad se ha cumplido. Sin embargo no se ha cumplido el pronóstico de que sus condiciones de existencia la impulsarían a romper la cadena de oro que la ataban al capital, la producción de conciencia burguesa entre los asalariados. Es posible que el sujeto de la libertad esté surgiendo recién ahora en los países industrializados (con los llamados trabajadores del conocimiento)... Los cambios en la composición interna de la clase de los asalariados pueden estar creando las condiciones para el nacimiento de un nuevo movimiento emancipador”.

En “El reformismo: un amo con sentido”, Blas de Santos reflexiona sobre política y subjetividad. Hilvana la crítica al reformismo partiendo de la desvinculación del deseo de la necesidad que hace Lefebvre, pasando por Reich reivindicando la prolongación del deseo con algo que trasciende la objetividad económica y terminando con Guattari que acaba con la discontinuidad entre economía política y libidinal. La política y la subjetividad viven en el precario equilibrio logrado en la resignificación de los fines por la realidad de los medios. “Lo revolucionario es el intento de vencer el reformismo presente en cualquier subjetividad como respuesta al desorden del deseo”.

Aún cinco artículos más: “El romanticismo en el marxismo inglés: E.P. Thompson y Raymond Williams”, “Nacionalismo y socialismo, entre lo particular y lo universal”, “De contratos derechos e individuos”, “Valores universales y relativismo cultural” y “Los ludditas, destructores de máquinas”, completan este dossier sobre el pensamiento de izquierda ante la herencia de la modernidad.

Gasto militar en Euskadi 1997 y control social. (bilingüe euskera-castellano), 34 páginas. Contacto: Colectivo “Gasteizkoak”, Aptado. 570. D.P.: 01080 Gasteiz. Como cada año, el Colectivo “Gasteizkoak”

hace público su informe sobre los gastos militares en Euskadi cuya pretensión es “animar debates y facilitar información para los materiales y campañas de los diferentes movimientos sociales y populares.” En este sentido, el Colectivo Gasteizkoak señala que “este año hemos creído conveniente dedicar una parte importante de este Informe a intentar dibujar las líneas generales de análisis y debate sobre uno de los temas que creemos debe pasar a ocupar un importante lugar en las tareas de los grupos antimilitaristas, en particular, y los movimientos sociales y populares, en general: el control social”.

Así, el Informe se abre con un análisis (“El control social: la jaula invisible”) de las directrices políticas, los mecanismos de control social, etc., que definen el actual modelo de estado policial diseñado por el tratado de Maastricht. En la segunda parte (“Euskadi: paraíso policial”), se aborda la transformación del “Estado de bienestar” hacia el “Estado policial” en Euskal Herria, poniendo de relieve el carácter de la Ertzaintza, como policía política estrechamente vinculada a las necesidades estratégicas del PNV y a su función preponderante como instrumento represivo de los movimientos sociales y medio de repartir prebendas entre los círculos del PNV.

Apoyada sobre las cifras oficiales, la tercera parte se centra en el gasto militar en Euskadi durante 1997, tanto en lo que se refiere a la dotación de los diferentes cuerpos policiales, como a las partidas presupuestarias de Defensa e Interior. El análisis exhaustivo de las estadísticas y su comparación con las cifras correspondientes a los gastos sociales, dentro de los presupuestos del Gobierno Vasco y de sus prioridades para 1997, avalan la hipótesis de partida en el sentido de evidenciar la política eminentemente policial, represiva y de control social que siguen los gestores políticos de Euskal Herria.

Por último, en la última sección (Anexos), se recogen informaciones acerca de la situación de la industria vasca de armamento durante 1996, así como de las adjudicaciones del Ministerio de Defensa a empresas vascas en 1996.

La cara oculta del trabajo en equipo. Tres años después. En este folleto se recoge de forma crítica la experiencia de la imposición de la nueva organización del trabajo en equipos dentro de la fábrica de automóviles Opel de Zaragoza (España). Transcurridos tres años desde que los trabajadores rechazaran en referéndum el plan de la empresa, ésta no ha renunciado a sus intenciones de reorganizar la producción. De modo que, con la colaboración de los funcionarios sindicales, ha ido imponiendo su plan. Completa el panorama sobre la situación en la fábrica Opel de Zaragoza el folleto titulado “El buen operario no se abandona”.

La Lletra A. Ateneu Llibertari, St. Vicenç Alegre, 3 Tel/Fax: (977) 34 16 59. DP 43201 Reus. El número 49 (febrero-marzo) cuenta con un dossier especial Okupa, además de artículos sobre la industria armamentista, Chiapas y un amplio espectro de problemáticas relacionadas con los movimientos sociales. Como es habitual, La Lletra A recoge en sus páginas una gran variedad de informaciones, comunicaciones y direcciones de contacto de grupos, publicaciones o individuos desde todos los ámbitos de la contestación social.

Documentación histórica del trotskismo español, 1936-1948: de la guerra civil a la ruptura con la IV Internacional. Agustín Guillamón, dir. Madrid: Ediciones de la Torre, 1996. 422 p.

Nos encontramos ante una obra fundamental para comprender una parte de esa “otra” historia que la historiografía oficial y la estalinista se han empeñado siempre en ocultar. Esa “otra” historia que nos enseña que en Julio de 1936 no solo comenzó una guerra civil, sino una revolución obrera; o que al régimen franquista, durante los largos años de la dictadura, se le podía combatir de manera clasista, fuera del mito de la “unidad antifranquista”.

El volumen que aquí reseñamos nos presenta los textos fundamentales de las organizaciones trotskistas españolas, desde la revolución del 19 de julio hasta la ruptura con la IV Internacional en 1948. Representa una fuente de referencia básica para conocer lo esencial de una corriente del movimiento obrero español

minoritaria en el plano numérico y muy poco conocida, pero de una fecundidad ideológica innegable.

A través de los textos podemos leer las críticas de los trotskistas españoles al grupo de Nin cuando éste decidió fusionar a la I.C.E. con el B.O.C. para formar el P.O.U.M.; la actuación de la Sección Bolchevique-Leninista de España (S.B.L.E.) durante la revolución española, intentando dar una orientación revolucionaria a la izquierda del P.O.U.M. y a la Agrupación de los Amigos de Durruti; los documentos del sumario incoado por la España republicana (con la instigación y ayuda de los estalinistas) contra la S.B.L.E.; y, por último, los documentos elaborados por esta organización en el exilio, hasta – transformada en Grupo Comunista Internacionalista de España (G.C.I.)– su ruptura con la IV Internacional.

Es, sin duda alguna, esta última parte la más interesante desde el punto de vista ideológico. Los textos de estos documentos, elaborados en su mayoría por Grandizo Munis (algunos de ellos en colaboración con Benjamin Péret, el poeta surrealista francés y militante del G.I.C.) muestran la altura teórica del debate que se creó entre la IV Internacional y la mayoría de su sección española. A través de ellos podemos descubrir cómo Munis empezó a elaborar una vía original y creativa del marxismo, que le convertía en una de las figuras más interesantes que el marxismo español haya producido jamás (aunque esto muchos no lo hayamos descubierto hasta muy tarde).

Sirva, pues, esta recomendable lectura para dar a conocer una parte importante de nuestra historia. Después de la edición que Etcétera hiciera hace años de los textos de la publicación bordiguista Bilan, este libro llena un vacío que hace ya mucho que se debería haber llenado: el de la (re)edición de textos originales de las principales corrientes del marxismo revolucionario sobre la revolución española. Sólo queda para el futuro la puesta en marcha de la edición de los textos que los consejistas dedicaron a este tema... (Sergi)

Mayo 1937-Mayo 1997

Un “incontrolado” de la Columna de Hierro

La revolución española solo fue un comienzo, un punto de fuga que se perdió entre los entresijos de la contrarrevolución. Julio 1936, la fiesta revolucionaria, duró poco; su impulso se consumió en pocas semanas. A finales del 36 la contrarrevolución estalinista estaba ya bien apuntalada aunque sólo después de mayo del 37 será triunfante.

En Julio, la clase obrera de las grandes ciudades como Madrid, Barcelona, Valencia, se organizó en milicias para liberar zonas caídas en poder de la sublevación militar; para los obreros de Valencia se trataba de Teruel. A tal efecto militantes de la CNT y de la FAI, obreros, campesinos, en número de 3.000, se unieron en centurias para formar La Columna de Hierro, a la que se juntaron varios centenares de presos del penal de San Miguel de los Reyes, liberado por La Columna.

Los milicianos de la Columna de Hierro entendían que era lo mismo guerra y revolución, frente y retaguardia. Así, criticaron la entrada de ministros anarquistas en el gobierno frentepopulista ya que creían que esto era reforzar el Estado. Así, no admitieron mandos permanentes en sus filas, sino sólo revocables, y se resistieron a la militarización, a su conversión en ejército regular.

Sólo ya en marzo de 1937, imposible toda salida revolucionaria y contra su voluntad, se disolvieron y pasaron a formar parte de la 83ª Brigada del ejército regular.

Días antes, *Nosotros* –órgano de la FAI de Levante– editaba en sus entregas de los días 12, 13, 15, 16 y 17 de marzo el texto que a continuación publicamos. Después de 60 años creemos que estas páginas conservan todo su frescor y actualidad.

Para mayor información: “Crónica de la Columna de Ferro”, de Abel Paz, Hacer 84

Soy un escapado de San Miguel de los Reyes, siniestro presidio que levantó la monarquía para enterrar en vida a los que, por no ser cobardes, no se sometieron nunca a las leyes infames que dictaron los poderosos contra los oprimidos. Allá me llevaron, como a tantos otros, por lavar una ofensa, por rebelarme contra las humillaciones de que era víctima un pueblo entero, por matar, en fin, a un cacique. Joven era, y joven soy, ya que ingresé en el presidio a los veintitrés años y he salido, porque los compañeros anarquistas abrieron las puertas, teniendo treinta y cuatro. ¡Once años sujeto al tormento de no ser hombre, de ser una cosa, de ser un número!

Conmigo salieron muchos hombres, igualmente sufridos, igualmente dolorosos por los malos tratos recibidos desde el nacer. Unos, al pisar la calle, se fueron por el mundo; otros, nos agrupamos con nuestros libertadores, que nos trataron como amigos y nos quisieron como hermanos. Con éstos, poco a poco, formamos la "Columna de Hierro"; con éstos, a paso acelerado, asaltamos cuarteles y desarmamos a terribles guardias; con éstos, a empujones, echamos a los fascistas hasta las agujas de la sierra, en donde se encuentran. Acostumbrados a tomar lo que necesitamos, al empujar al fascista, le tomamos víveres y fusiles. Y nos alimentamos, durante un tiempo, de lo que nos ofrecían los campesinos, y nos armamos, sin que nadie nos hiciese el obsequio de un arma, con lo que a brazo partido, les quitamos a los insurrectos. El fusil que acaricio, el que me acompaña desde que abandoné el fatídico presidio, es mío, mío propio: se lo quité, como un hombre, al que lo tenía en sus manos, así como nuestros, propios, conquistados, son casi todos los que mis compañeros tienen en las suyas.

Nadie o casi nadie nos atendió nunca. El estupor burgués al abandonar el presidio, ha continuado siendo el estupor de todos, hasta estos momentos, y en lugar de atendernos, de ayudarnos, de auxiliarnos, se nos trató como forajidos, se nos acusó de incontrolados, porque no sujetamos el ritmo de nuestro vivir que ansiábamos y ansiamos libre, a caprichos estúpidos de algunos que se han sentido, torpe y orgullosamente, amos de los hombres, al sentarse en un Ministerio o en un comité, y porque, por los pueblos por donde pasamos, después de haberle arrebatado su posesión al fascista, cambiamos el sistema de vida, aniquilando a los caciques feroces que intranquilizaron la vida de los campesinos, después de robarles, y poniendo la riqueza en manos de los únicos que supieron crearla: en manos de los trabajadores.

Nadie, puedo asegurarlo, nadie se puede haber portado con los desvalidos, con los necesitados, con los que toda la vida fueron robados y perseguidos, mejor que nosotros, los incontrolados, los forajidos, los escapados de presidio. Nadie, nadie –desafío que me lo prueben– ha sido más cariñoso y más servicial para con los niños, las mujeres y los ancianos; nadie, absolutamente nadie, puede tildar a esta Columna, que sola, sin auxilio y sí entorpeciénola, ha estado desde el principio en la vanguardia, de insolidaria, de despótica, de blanda o de floja cuando de la lucha se trataba, o de desamorada con el campesino, o de no revolucionaria, ya que el arrojo y la valentía en el combate ha sido nuestra norma, la hidalguía con el vencido nuestra ley, la cordialidad con los hermanos nuestra divisa y la bondad y el respeto el marco en que se ha desenvuelto nuestra vida.

¿Por qué esta leyenda negra que se ha tejido a nuestro alrededor? ¿Por qué este afán insensato de desacreditarnos, si nuestro descrédito, que no es posible, solo iría en perjuicio de la causa revolucionaria y de la misma guerra?

Hay –nosotros, hombres del presidio, que hemos sufrido más que nadie en la tierra, lo sabemos–; hay, digo, en el ambiente, un aburguesamiento enorme. El burgués, de alma y de cuerpo, que es todo lo mediocre y servil, tiembla ante la idea de perder su sosiego, su cigarro puro y su café, sus obras, su teatro y su empujecimiento, y cuando oía algo de la Columna, de esta Columna de Hierro, puntal de la Revolución en estas tierras levantinas, o cuando sabía que la Columna anunciaba su viaje a Valencia, temblaba como un azogado pensando que los de la Columna iban a arrancarle de su vida regalona y miserable. Y el burgués –hay burgueses de muchas clases y en muchos sitios– tejía, sin parar, con los hilos de la calumnia, la leyenda negra con que nos ha obsequiado, porque al burgués, y únicamente al burgués, han podido y pueden perjudicar nuestras actividades, nuestras rebeldías, y estas ansias locamente incontenibles que llevamos en nuestro corazón de ser libres, como las águilas en las más altas cimas o como los leones en medio de las selvas.

También los hermanos, los que sufrieron con nosotros en campos y talleres, los que fueron vilmente explotados por la burguesía, se hicieron eco de los miedos terribles de ésta y llegaron a creer, porque algunos interesados en ser jefes se lo dijeron, que nosotros, los hombres que luchábamos en la Columna de Hierro, éramos forajidos y desalmados, y un odio, que ha llegado muchas veces a la crueldad y al asesinato fanático, sembró nuestro camino de piedras para que no pudiéramos avanzar contra el fascismo.

Ciertas noches, en esas noches oscuras en que, arma al brazo y oído atento, trataba de penetrar en las profundidades de los campos y en los misterios de las cosas, no tuve más remedio que, como en una pesadilla, levantarme del parapeto, y no para desentumecer mis miembros, que son de acero porque están curtidos en el dolor, sino para empuñar con más rabia el arma, sintiendo ganas de disparar, no sólo contra el enemigo que estaba escondido a cien metros escasos de mí, sino contra el otro, contra el que no vela, contra el que se ocultaba a mi lado siéndome y aun llamándome compañero, mientras me vendía vilmente, ya que no hay venta más cobarde que la que de la traición se nutre. Y sentía ganas de llorar y de reír, y de correr por los campos gritando, y de atezar gargantas entre mis dedos de hierro, como cuando rompí entre mis manos la del cacique inmundo, y de hacer saltar, hecho escombros, este mundo miserable en donde es difícil encontrar unos brazos amantes que sequen tu sudor y restallen la sangre de tus heridas cuando, cansado y herido vuelves de la batalla.

¡Cuántas noches, juntos los hombres, formando un racimo o un puñado, al comunicar a mis compañeros, los anarquistas, mis penas y dolores he hallado, allá, en la dureza de la sierra, frente al enemigo que acechaba, una voz amiga y unos brazos amantes que me han hecho volver a amar la vida! Y, entonces, todo lo sufrido, todo lo pasado, todos los horrores y tormentos que llagaron mi cuerpo, los tiraba al viento coma si fueran de otras épocas, y me entregaba con alegría a sueños de ventura, viendo con la imaginación calenturienta un mundo como el que no había vivido, pero que deseaba; un mundo como no habíamos vivido los hombres pero que muchos habíamos soñado. Y el tiempo se me pasaba volando, y las fatigas no entraban en mi cuerpo, y redoblaba mi empuje, y me hacía temerario, y salía al amanecer en descubierta para descubrir al enemigo, y... todo por cambiar la vida; por imprimir otro ritmo a esta vida nuestra; porque los hombres, yo entre ellos, pudiéramos ser hermanos; porque la alegría, una vez siquiera, al brotar en nuestros pechos, brotase en la tierra; porque la Revolución, esta Revolución que ha sido el norte y el lema de la Columna de Hierro, pudiese ser, en tiempo no lejano, un hecho.

Se esfumaban mis sueños como las nubecillas blancas que encima de nosotros pasaban por la sierra, y volvía a ver mis desencantos para volver, otra vez, por la noche, a mis alegrías. Y así, entre penas y alegrías, entre congojas y llantos, he pasado mi vida, vida alegre en media del peligro, comparada con aquella vida turbia y miserable del turbio y mísero presidio.

Pero un día –era un día pardo y triste–, por las crestas de la sierra, como viento de nieve que corta las carnes, bajó una noticia: “Hay que militarizarse”. Y entró en mis carnes como fino puñal la noticia, y sufrí, de antemano, las congojas de ahora. Por las noches, en el parapeto, repetía la noticia: “Hay que militarizarse”.

A mi lado, velando mientras yo descansaba, aunque no dormía, estaba el delegado de mi grupo, que sería teniente, y tres pasos más acá, durmiendo en el suelo, reclinando su cabeza sobre un montón de bombas, yacía el delegado de mi centuria, que sería capitán o coronel. Yo... seguiría siendo yo, el hijo del campo, rebelde hasta morir. Ni quería, ni quiero cruces ni estrellas ni mandos. Soy como soy, un campesino que aprendió a leer en la cárcel, que ha visto de cerca el dolor y la muerte, que era anarquista sin saberlo y que ahora, sabiéndolo, soy más anarquista que ayer, cuando maté para ser libre.

Ese día, aquel día que bajó de las crestas de la sierra, cual si fuese un viento frío que me cortase el alma, la noticia funesta, será memorable, como tantos otros en mi vida de dolor. Aquel día... ¡Bah!

¡Hay que militarizarse!

La vida enseña a los hombres más que todas las teorías, más que todos los libros. Los que quieran llevar a la práctica lo que han aprendido de otros al beberlo en los libros escritos, se equivocarán; los que lleven a los libros lo que han aprendido en las revueltas del camino de la vida, posiblemente hagan una obra maestra. La realidad y la ensoñación son cosas distintas. Soñar es bueno y bello, porque el sueño es, casi siempre, la anticipación de lo que ha de ser; pero lo sublime es hacer la vida bella, hacer de la

vida, realmente, una obra hermosa.

Yo he vivido la vida aceleradamente. No he saboreado la juventud, que, según he leído, es alegría, y dulzura, y bienestar. En el presidio sólo he conocido el dolor. Siendo joven por los años, soy un viejo por lo mucho que he vivido, por lo mucho que he llorado. Por lo mucho que he sufrido. Que en el presidio, casi nunca se ríe; en el presidio, para adentro o para afuera, siempre se llora.

Leer un libro en una celda, apartado del contacto de los hombres, es soñar; leer el libro de la vida, cuando te lo presenta abierto por una página cualquiera el carcelero, que te insulta o simplemente te espía, es estar en contacto con la realidad.

Cierto día leí, no sé dónde ni a quién, que no pudo tener el autor idea exacta de la redondez de la tierra hasta que la hubo recorrido, media palpado: descubierto. Parecióme ridícula tal pretensión; pero aquella frasecita se me quedó tan impresa, que alguna vez, en mis soliloquios obligados en la soledad de mi celda, pensé en ella. Hasta que un día, como si yo también descubriera algo maravilloso que antes estuvo oculto a los demás hombres, sentí la alegría de ser, para mí, el descubridor de la redondez de la tierra. Y aquel día, como el autor de la frase, recorrí, medí y palpé el planeta, haciéndose la luz en mi imaginación al “ver” a la Tierra rodando en los espacios sin fin, formando parte del concierto universal de los mundos.

Lo mismo sucede con el dolor. Hay que pesarlo, medirlo, palparlo, gustarlo, comprenderlo, descubrirlo, para tener en la mente una idea clara de la que es. A mi lado, tirando del carro en el que otros iban subidos, cantando y gozando, he tenido hombres que, como yo, oficiaban de mulas. Y no sufrían; y no rugían, por lo bajo, su protesta; y encontraban justo y lógico que aquéllos, como señores, fuesen los que les tirasen de las riendas y empuñasen el látigo, y hasta lógico y justo que el amo, de un trallazo, les cruzase la cara. Como animales lanzaban un ronquido, clavaban sus pezuñas en el suelo y arrancaban a galope. Después, ¡oh sarcasmo! al desuncirlos, lamían, como perros esclavos, la mano que les azotó.

Nadie que no haya sido humillado, y vejado, y escarnecido; nadie que no se haya sentido el ser más desgraciado de la tierra, a la vez que el ser más noble, y más bueno, y más humano, y que, al mismo tiempo y todo junto, cuando sentía su desgracia y se consideraba feliz y fuerte, sin aviso, sin motivo, por gana de hacerle daño, por humillarle, haya sentido sobre sus espaldas o sobre su rostro la mano helada de la bestia carcelera; nadie que no se haya visto arrastrado por lebreles a la celda de castigo, y allí, abofeteado y pisoteado, oír crujir sus huesos y oír correr su sangre hasta caer en el suelo como una mole; nadie que, después de sufrir el tormento por otros hombres, no haya sido capaz de sentir su impotencia, y maldecir por ello y blasfemar por ello, que era tanto como empezar a tener potencia otra vez; nadie que, al recibir el castigo y el ultraje, haya tenido conciencia de lo injusto del castigo y de lo infame del ultraje; y, al tenerla, haya hecho propósito de acabar con el privilegio que otorga a algunos la facultad de castigar y ultrajar; nadie, en fin, que, preso en la cárcel o preso en el mundo, haya comprendido la tragedia de las vidas de los hombres condenados a obedecer en silencio y ciegame las órdenes recibidas, puede conocer la hondura del dolor, la amargura del dolor, la marca terrible que el dolor deja para siempre en los que bebieron, y palparon, y sintieron el dolor de callar y obedecer. ¡Desear amar y conservarse mudo; desear cantar y enmudecer; desear reír y tener forzosamente que estrangular la risa en los labios; desear amar y ser condenado a nadar entre el cieno del odio!

Yo estuve en el cuartel y allí aprendí a odiar. Yo he estado en el presidio, y allí, en medio del llorar y del sufrir, cosa rara, aprendí a amar, a amar intensamente.

En el cuartel casi estuve a punto de perder mi personalidad, tanto era el rigor con que se me trataba, queriendo imponérseme una disciplina estúpida. En la cárcel, tras mucho luchar, recobré mi personalidad, siendo cada vez más rebelde a toda imposición. Allí aprendí a odiar, de cabo hacia arriba, todas las jerarquías; en la cárcel, en medio del más angustiante dolor, aprendí a querer a los desgraciados, mis hermanos, mientras conservaba puro y limpio el odio a las jerarquías mamado en el cuartel. Cárceles y cuarteles son una misma cosa: despotismo y libre expansión de la maldad de algunos y sufrimiento de todos. Ni el cuartel enseña cosa que no sea dañina a la salud corporal y mental, ni la cárcel corrige.

Con este criterio, con esta experiencia –experiencia adquirida, porque he bañado mi vida en el dolor–, cuando oí que, montañas abajo, venía rodando la orden de militarización, sentí por un momento que mi

ser se desplomaba, porque vi claramente que moriría en mi el audaz guerrillero de la Revolución, para continuar viviendo el ser a quien en el cuartel y en la cárcel se podó de todo atributo personal, para caer nuevamente en la sima de la obediencia, en el sonambulismo animal a que conduce la disciplina del cuartel o de la cárcel, ya que ambos son iguales. Y, empuñando con rabia el fusil, desde el parapeto, mirando al enemigo y el “amigo”, mirando a vanguardia y a retaguardia, lancé una maldición como aquellas que lanzaba cuando, rebelde, me conducían a la celda de castigo, y una lágrima hacia adentro, como aquellas, que se me escaparon, sin ser vistas de nadie, al sentir mi impotencia. Y es que notaba que los fariseos, que desean hacer del mundo un cuartel y una cárcel, son los mismos, los mismos, los mismos que ayer, en las celdas de castigo, nos hicieron a los hombres –hombres– crujir los huesos.

Cuarteles... presidios... vida indigna y miserable.

No nos han comprendido, y por no poder comprendernos, no nos han querido. Hemos luchado –no son necesarias ahora falsas modestias, que a nada conducen–; hemos luchado, repito, como pocos. Nuestra línea de fuego ha sido siempre la primera, ya que en nuestro sector, desde el primer día hemos sido los únicos.

Para nosotros jamás hubo un relevo ni... lo que ha sido peor todavía, una palabra cariñosa. Unos y otros, fascistas y antifascistas, hasta –¡qué vergüenza hemos sentido!– los nuestros nos han tratado con despego.

No nos han comprendido. O lo que es más trágico en medio de esta tragedia en que hemos vivido, quizá no nos hemos hecho comprender, ya que nosotros, por haber recibido sobre nuestros lomos todos los desprecios y rigores de los que fueron jercas en la vida, hemos querido vivir, aun en la guerra, una vida libertaria, y los demás, para su desgracia y la nuestra, han seguido uncidos al carro del Estado.

Esta incomprensión, que nos ha producido dolores inmensos, cercó el camino de desdichas, y no solamente veían un peligro en nosotros los fascistas, a los que tratamos como se merecieron, sino los que se llaman antifascistas y gritan su antifascismo hasta enronquecer. Este odio que se tejió a nuestro alrededor, dio lugar a choques dolorosos, el mayor de los cuales, por lo canallesco, hace asomar a la boca el asco y llevar las manos a apretar el fusil, tuvo lugar en plena Valencia, al disparar contra nosotros “ciertos antifascistas rojos”. Entonces... ¡bah!... entonces debimos haber acabado con lo que ahora está haciendo la contrarrevolución.

La Historia, que recoge lo bueno y lo malo que los hombres hacen, hablará un día.

Y esa Historia dirá que la Columna de Hierro fue quizá la única en España que tuvo visión clara de lo que debió ser nuestra Revolución. Dirá también que fue la que más resistencia ofreció a la militarización. Y dirá, además, que, por resistirse, hubo momentos en que se la abandonó totalmente a su suerte, en pleno frente de batalla, como si seis mil hombres, aguerridos y dispuestos a triunfar o morir, debieran abandonarse al enemigo para ser devorados.

¡Cuántas y cuántas cosas dirá la Historia, y cuántas y cuántas y cuántas figuras, que se creen gloriosas, serán execradas y maldecidas!

Nuestra resistencia a la militarización estaba fundada en lo que conocíamos de los militares. Nuestra resistencia actual se funda en lo que conocemos actualmente de los militares.

El militar profesional ha formado, ahora y siempre, aquí y en Rusia, una casta. Él es el que manda; a los demás no debe quedarnos más que la obligación de obedecer. El militar profesional odia con toda su fuerza a todo cuanto sea paisanaje, al que cree inferior.

Yo he visto –yo miro siempre a los ojos de los hombres– temblar de rabia o de asco a un oficial cuando al dirigirme a él lo he tuteado, y conozco casos de ahora, de ahora mismo, en batallones que se llaman proletarios, en que la oficialidad, que ya se olvidó de su origen humilde, no puede permitir –para ello hay castigos terribles– que un miliciano les llame de tú.

El ejército “proletario” no plantea disciplina, que podría ser, a la sumo, respeto a las órdenes de guerra; plantea sumisión, obediencia ciega, anulación de la personalidad del hombre.

Lo mismo, lo mismo que cuando, ayer, estuve en el cuartel. Lo mismo, lo mismo que cuando, más tarde, estuve en el presidio.

Nosotros, en las trincheras, vivíamos felices. Vimos caer a nuestro lado, es cierto, a los compañeros que con nosotros empezaron esta guerra; sabíamos, además, que en cualquier momento, una bala podía

dejarnos tendidos en pleno campo –esta es la recompense que espera el revolucionario– pero vivíamos felices. Cuando había, comíamos; cuando escaseaban los víveres, ayunábamos. Y todos contentos. ¿Por qué? Porque ninguno era superior a ninguno. Todos amigos, todos compañeros, todos guerrilleros de la Revolución.

El delegado de grupo o de centuria no nos era impuesto, sino elegido por nosotros, y no se sentía teniente o capitán, sino compañero. Los delegados de los Comités de la Columna no fueron jamás coroneles o generales, sino compañeros. Juntos comíamos, juntos peleábamos, juntos reíamos a maldecíamos. Nada ganamos durante un tiempo, nada ganaron ellos. Diez pesetas ganamos después nosotros, diez pesetas ganaban y ganan ellos.

Lo único que aceptamos es su capacidad probada, por eso los elegimos; su valor, también probado, por eso también fueron nuestros delegados. No hay jerarquías, no hay superioridades, no hay órdenes severas; hay camaradería, bondad, compañerismo: vida alegre en medio de las desdichas de la guerra. Y así, con compañeros, imaginándose que se lucha por algo y para algo, da gusto la guerra y hasta se recibe con gusto la muerte. Pero cuando estás entre militares, en donde todo son órdenes y jerarquías; cuando ves en tus manos la triste soldada con la cual apenas puede mantenerse en retaguardia tu familia y ves que el teniente, el capitán, el comandante y el coronel cobran tres, cuatro, diez veces más que tú, aunque no tienen ni más empuje, ni más conocimiento, ni más valor que tú, la vida se te hace amarga, por que ves que eso no es Revolución, sino aprovechamiento, por unos pocos, de una situación desgraciada que va únicamente en perjuicio del pueblo.

No sé cómo viviremos ahora. No sé si podremos acostumbrarnos a recibir malas palabras del cabo, del sargento o del teniente. No sé si después de habernos sentido plenamente hombres, podremos sentirnos animales domésticos, que a esto conduce la disciplina y esto representa la militarización.

No podremos ya, será totalmente imposible, aceptar despotismos y malos tratos, ya que se necesita ser muy poco hombre para tener un arma en la mano y aguantar mansamente el insulto; pero tenemos noticias que angustian, de compañeros que, al militarizarse, han vuelto a sentir, como losa de plomo, la pesantez de las órdenes que emanan de gente, muchas veces inepta y siempre desamorada.

Creíamos que nos estábamos redimiendo, que nos estábamos salvando y estamos cayendo en lo mismo que combatimos; en el despotismo, en la castocracia, en el autoritarismo más brutal y absorbente.

Pero el momento es grave. Cogidos –no sabemos por quien y si lo sabemos, nos lo llamamos ahora–; cogidos, repito, en una trampa, debemos salir de ella, escaparnos de ella, lo mejor que podamos, pues de trampas está sembrado todo el campo.

Los militaristas, todos los militaristas –los hay furibundos en nuestro campo– nos han cercado. Ayer fuimos dueños de todo, hoy lo son ellos. El ejército popular, que no tiene de popular más que el hecho de formarlo el pueblo, y eso ocurrió siempre, no es del pueblo, es del Gobierno, y el Gobierno manda, y el Gobierno ordena. Al pueblo sólo se le permite obedecer y siempre se le exige obedecer.

Cogidos entre las mallas militaristas, tenemos dos caminos a seguir: el primero nos lleva a disgregarnos los que hasta hoy somos compañeros de lucha, deshaciendo la Columna de Hierro; el segundo nos lleva a la militarización.

La Columna, nuestra Columna, no debe deshacerse. La homogeneidad que siempre ha presentado, ha sido admirable –hablo solamente para nosotros, compañeros–; la camaradería entre nosotros quedará en la historia de la Revolución española como un ejemplo; la bravura demostrada en cien combates, podrá haber sido igualada en esta lucha de héroes, pero no superada. Desde el primer día fuimos amigos; más que amigos, compañeros; más que compañeros, hermanos. Disgregarnos, irnos, no volvernos a ver, no sentir, como hasta aquí, los impulsos de vencer y de luchar, es imposible.

La Columna, esta Columna de Hierro que desde Valencia a Teruel ha hecho temblar a burgueses y fascistas, no debe deshacerse, sino seguir hasta el fin.

¿Quién puede decir que en la pelea, por estar militarizados, ha sido más fuerte, más recio, más generoso para regar con su sangre los campos de batalla? Como hermanos que defienden una causa noble, hemos luchado; como hermanos que tienen los mismos ideales, hemos soñado en las trincheras; como hermanos que anhelan un mundo mejor, hemos empujado con nuestro coraje. ¿Deshacernos como un todo homogéneo? Nunca, compañeros. Mientras quedemos una centuria, a luchar, mientras quede uno solo de

nosotros, a vencer.

Será el mal menor, a pesar de ser un gran mal, el tener que aceptar, sin ser elegidos por nosotros, quienes nos ordenen. Pero...

Ser una Columna o ser un Batallón es casi igual. Lo que no es igual es que no se nos respete.

Si estamos juntos los mismos individuos que ahora estamos, ya formemos una columna o ya formemos un batallón, para nosotros ha de ser igual. En la lucha no necesitaremos quien nos aliente, en el descanso no tendremos quien nos prohíba descansar, porque no lo consentiremos.

El cabo, el sargento, el teniente, el capitán, o son de los nuestros, en cuyo caso seremos todos compañeros, o son enemigos, en cuyo caso como a enemigos habrá que tratarlos.

Columna o Batallón, para nosotros, si queremos, será igual. Nosotros, ayer, hoy y mañana, no necesitamos estímulos para combatir; nosotros, ayer hoy y mañana, seremos los guerrilleros de la Revolución.

De nosotros mismos, de la cohesión que haya entre nosotros, depende nuestro desarrollo futuro. No nos imprimirá nadie un ritmo suyo; se lo imprimiremos nosotros, por tener personalidad propia, a los que estén a nuestro alrededor.

Tengamos en cuenta una cosa, compañeros. La lucha exige que no hurtemos nuestros brazos ni nuestro entusiasmo a la guerra. En una columna, la nuestra, o en un batallón, el nuestro; en una división o en un batallón que no sean nuestros, tenemos que luchar.

Si deshacemos la Columna, si nos disgregamos, después, obligatoriamente movilizados, tendremos que ir, no con quien digamos, sino con quien se nos ordene. Y como no somos ni queremos ser animales domésticos, posiblemente chocáramos con quienes no debiéramos chocar: con los que, mal o bien, son nuestros aliados.

La Revolución, nuestra Revolución, esta Revolución proletaria y anárquica, a la cual, desde los primeros días, hemos dado páginas de gloria, nos pide que no abandonemos las armas y que no abandonemos, tampoco, el núcleo compacto que hasta ahora hemos tenido formado, llámese éste como se llame: Columna, División o Batallón.

Un “Incontrolado” de la Columna de Hierro

José de Brito y la anarquía

Conocí a José de Brito en 1978. Desde entonces me torné su amigo y compañero. Con él aprendí mucho, viví grandes momentos de alegría e incluso algunos de profunda tristeza. Era un hombre que predominaba por lazos de grandeza humana e intelectual, pero también por contradicciones y paradojas existenciales. En los diversos aspectos de su vida ha logrado siempre conjugar su autodidactismo con la inteligencia y el pragmatismo de un ser humano que luchó por la anarquía y aprendió a sobrevivir a su manera en los límites de la sociedad capitalista.

Fue vagabundo y revolucionario en la rebelde Patagonia de Argentina en la década de los 20 y principio de los 30. En calidad de militante de FORA (Federación Operaria de la Región Argentina) aprendió a luchar por el anarco-sindicalismo y a fomentar la revolución social. Cuando regresó a Portugal, se mostró dispuesto a continuar la lucha que había iniciado en Argentina. La dictadura fascista de Salazar y de Caetano y su condición de comerciante de pescados condicionaron dicha hipótesis, aunque con otros compañeros haya intentado remar contra la corriente del angustiante orden social vigente. A pesar de las dificultades para actuar, tuvo la oportunidad de colaborar en la edición de algunos números clandestinos del periódico *A Batalha* y propiciar la realización de reuniones clandestinas del *Comité Confederal da C.G.T. (Confederação Geral do Trabalho)*. Durante la dictadura participó también en congresos

anarquistas internacionales en Francia e Italia.

Después de los sucesos del 25 de abril de 1974, desarrolló un trabajo editorial en la *Cooperativa Cultural Editore Fomento Acrata*, publicando pequeños panfletos de autores anarquistas clásicos. En el año 1975, con la colaboración de otros compañeros anarquistas, promovió la publicación del periódico *A Merda*. Más allá del contenido radical e irreverente de los cuatro números publicados, hay que resaltar su éxito editorial con la venta de cientos de miles de ejemplares. Formó parte de varios grupos informales (entre ellos se destaca el *Grupo Acrata* y la *Associação Gráfica Anarquista*), que promovió y con los que participó en centenares de reuniones y conversaciones espontáneas siempre con la finalidad de propagar las ideas anarquistas. Además de haber escrito varias decenas de *Apostillas*, cumple destacarle como autor de *O 1º de Maio* (1978); *Enfrentando a grande crise em que o velho anarquismo se debate* (1985) *A Crisália - Tema para um Congresso Anarquista* (1989); *Uma Revolução dentro da Revolução Social* (1991); *Ciências do Anarquismo e da Democracia Libertária* (1991).

Para referenciar algunos de los aspectos más relevantes de la vida del militante anarquista José de Brito, quisiera tan sólo demostrar que toda su vida ha sido definida y orientada por esa causa que abrazó desde niño y que siempre lo acompañó hasta su muerte el 21 de agosto de 1996. No obstante haber tenido una visión radical del anarquismo sustentada por la violencia revolucionaria cuando todavía era joven y por un punto de vista reformista y herético en la vejez, su comportamiento personal siempre ha sido pautado por la búsqueda incesante de potenciar la anarquía en el sentido de la consecución de una revolución social que permitiera la emancipación. Su manera *paradójica* y *revisionista* de vivir y sentir las ideas y prácticas del anarquismo muchas veces ha sido objeto de crítica por parte de sus compañeros, que no logran percibir las contradicciones y las diferencias que cada individuo personifica en relación a otro individuo, aunque ese mismo individuo se considere el *más grande revolucionario* y el *más puro* defensor de la anarquía. En este capítulo, sin haber dicho jamás que era anarquista, se puede observar la forma digna y solidaria que su compañera Serafina ha tenido en relación a las contradicciones de José de Brito en el seno de su vida familiar. Sin ser altruista y sin haberse comportado como un simple objeto de sacrificios domésticos, supo contestar ciertas posiciones de José de Brito, pero nunca escaqueó ni regateó esfuerzos para ayudarle en su lucha en favor del desarrollo de las ideas anarquistas en el planeta Tierra.

Siempre lo he dicho y ahora lo reafirmo, vale la pena vivir una vida cuando ésta se expresa en contenidos y formas de creación, espontáneas y libres. La vida de José de Brito, en lo que se refiere a la defensa y la lucha del anarquismo, siempre ha sido estructurada por esos parámetros. Y en relación a sus *herejías* y *reformismos*, uno podría pensar que prestó un mal servicio a los principios y prácticas que el anarquismo considera indiscutibles, pero no puede olvidarse que detrás de tales *herejías* y *reformismos* existía una originalidad que propicia la revitalización del anarquismo. Este, frente a la crisis que atraviesa en relación a su inserción en los movimientos sociales emancipadores, necesita que sus estrategias y prácticas sean repensadas para que no se transformen en una mera elucubración de un puñado de intelectuales y de utópicos.

En este sentido, para José Brito la creación de un *partido anarquista* y la militancia de los anarquistas junto a los curas no eran más que meras tentativas y métodos persuasivos para convencer a las masas de trabajadores para que se adhiriesen a los principios y prácticas de la anarquía. El reformismo y la herejía son evidentes. Pero, teniendo en cuenta el marasmo de la acción colectiva e individual de aquellos que profesan un tipo de anarquismo ortodoxo, lo que se podría preguntar es si existe algún grado de adherencia o validez en su estrategia y plasticidad social con los oprimidos y explotados. En la ausencia de comunidades socio-profesionales, de escuelas, asociaciones recreativas y culturales, periódicos, revistas, televisión, etc., que determinen las relaciones y el diálogo entre la teoría y la práctica, no se puede vislumbrar una salida positiva para todos los que aspiran a construir una sociedad sin Dios y sin amos. No nos basta repetir mecánicamente los mismos postulados ideológicos desarrollados desde hace decenios por los anarquismos más preeminentes: anarco-sindicalismo y comunismo libertario. No nos basta seguir afirmando que la falta de vitalidad del anarquismo es culpa de las funciones constreñidoras de la clase dominante, del Estado, de los partidos y de los sindicatos. La verdad es que, más allá de dichos condicionamientos, hoy en día sus principios y prácticas no son difundidos con facilidad entre los que, en principio, deberían integrarlos en su acción individual y colectiva.

De esta realidad podríamos extraer dos grandes deducciones. En primer lugar, aquellos que dicen luchar por la anarquía no lograrán descodificar la información ni los mecanismos que rigen las sociedades capitalistas modernas, en los planos económico, social, político y cultural. Si ya hubieran conseguido realizar ese objetivo, como mínimo podrían percibir la actual explotación y opresión que atraviesa la sociedad capitalista a escala mundial, y de este modo explicitar y estimular la conflictividad en el sentido de la realización de la revolución social. En términos comparativos, no se puede extirpar cualquier tipo de enfermedad o cualquier mal si no se tiene al menos conocimiento de ese mal o de esa enfermedad para que se pueda aplicar la debida terapia.

De ese modo, los anarquistas continúan escribiendo y diciendo, *abajo el Estado, abajo la policía, las iglesias y el patrón*, sin siquiera conocer de qué Estado, de qué policía, de qué iglesia o de qué patrón están hablando o escribiendo. Escriben y hablan de una gente o de una clase de trabajadores, genuinamente revolucionarios, sin darse cuenta de los cambios que se operan en su seno.

En segundo lugar, los anarquismos que procuran pensar y practicar la anarquía son esencialmente fenómenos de índole histórica, grupal o relacional. Por su calidad de legado vivo de la historia de la humanidad y de identidad entre individuos, todo o cualquier anarquismo solamente podrá tener consistencia cuando sea capaz de identificar su evolución con su esencia intrínseca: la anarquía. En ese sentido hay que mantener y articular los principios básicos orientadores de la anarquía con los parámetros de la evolución de la humanidad. Para que los principios y las prácticas del anarquismo puedan realizar una función de emancipación positiva deben tornarse visibles y constructivos para los oprimidos y explotados.

La originalidad de las posiciones revolucionarias de José de Brito reside en la tentativa de construir un diálogo y un análisis en el seno del ámbito del anarquismo, de modo que facilite la comprensión y expresión de la actual naturaleza del capitalismo y del Estado, pero también en el cambio de estrategias de lucha, de modo que desarrolle una pedagogía anarquista más convincente y tolerante en relación a los individuos y a los grupos que constituyen las actuales sociedades.

Teniendo presente todo lo que acabo de escribir, considero que José de Brito fue un revolucionario que luchó, o mejor, que supo sustentar un ideal que consideraba sublime. Por todo eso, en nombre de ese ideal que también abracé, debo dedicarle mis más profundos agradecimientos por todo lo que él ha hecho por la anarquía.

J. M. Carvalho Ferreira. UTOPIA, 4/1996